

ALFAGUARA
Jorge Alberto Gudiño Hernández
Instrucciones para mudar un pueblo


ALFAGUARA
Jorge Alberto Gudiño Hernández
Instrucciones
para mudar un pueblo



Instrucciones para mudar un pueblo

Jorge Alberto Gudiño Hernández

SÍGUENOS EN

megustaleer


@Ebooks


@megustaleermex


@megustaleermex

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Para Lucca, con quien por fin
está completo el mundo

… para claudicar

Si en verdad se puede morir de tristeza, no entiendes por qué sigues vivo.

Es la intuición que te despierta a diario, cuando supones estar muerto, en esos minutos que tarda la modorra en acostumbrarse. Después te levantas, la orina caliente reverberando al centro de la taza. Te miras al espejo para descubrirte más flaco, más ojeroso, con la piel colgando en los cachetes. Más derrotado.

Así todos los días. O cada vez peor. Sacas la navaja de su estuche. Te rasuras sin espuma ni jabón, escuchando el rasguido del acero sobre la piel. La mano firme. No caes en la tentación de hacer un corte más profundo, de buscar la sangre en los pálpitos del cuello, el tajo. Apenas usas agua para enjuagar la hoja, para deshacerte de los pelos de la cara, para dejar un charco turbio al fondo del lavabo. La piel quedaría con la misma textura si no se rasurara. Guardas la navaja. Sólo la afilas en lunes.

Así todos los días al despertar.

Compruebas que la ropa que lavaste por la noche sigue húmeda, colgada sobre el cancel de la regadera. Hueles tus axilas con cansancio, sin muecas. Acomodas el ánimo al de ayer, escoges la misma playera, te resignas a los interiores. Conforme lo haces, constatas que sigues vivo y, al hacerlo, vas olvidando la frase que pronunciarás de nueva cuenta mañana, si no hay suerte, si el sueño no vence a la vida. Como si morir de tristeza fuera un asunto nocturno y tú ocuparas los días en acumular más y más tristeza.

Antes formulabas la frase como pregunta: ¿Por qué, si en verdad se puede morir de tristeza, sigo vivo? Dejaste de hacerlo. Resultaban inevitables las respuestas. Entre ellas dos. No estabas tan triste como creías; aún te queda algo por hacer. Descartaste la primera porque no se puede estar más triste. No con ese agujero que se ahonda todas las tardes justo a la mitad del pecho. Convertiste la pregunta en afirmación y seguiste andando en pos de un final necesario.

Es hasta que terminas de bañarte cuando piensas en ella. En tu pequeña. No precisas fotografías para recordarla. Basta con cerrar los ojos para instalar la imagen tras los párpados. Sonriente. Suspendida en sus cuatro años, su edad eterna. Pero la imagen te abruma y no te basta. Sospechas que se difumina durante el día. Por eso elaboraste un listado. Lo sabes de memoria pero eres hombre de rituales. Tomas el

papel que guardas en el estuche de la navaja, está doblado en cuatro, la letra es redonda, torpe. Lees en voz muy baja, apenas moviendo los labios:

La temperatura de su mano cuando caminaban juntos.
Un levísimo ronquido.
La guerra de cosquillas.
Su cuento favorito.
Su sueño, acostada sobre ti.
La arruga en su frente cuando se enojaba.
Su voz llamándote papá.
El nombre de cada uno de los culpables.

Las calcetas están un poco tiesas. Los tenis guardan algo de humedad del día anterior. Empacas. Apenas un par de mudas en bolsa de plástico, el estuche de la navaja, un cuento infantil. Pasas la mano por el cabello, aplacándolo sin conseguirlo. Dejas la habitación del hotel. Es igual a tantas otras. Silenciosa como unas cuantas. Algo sucia. El desayuno es frugal y sin palabras. El café termina por instalar el dolor. Por la ventana, el paisaje es una pintura teñida de amarillos. Amanece. Falta poco para abordar el camión que te llevará a la siguiente parada, a tu destino.

… para triunfar

Tras catorce recorridos idénticos, el licenciado ha aprendido a no mirar la carretera. Las curvas apenas insinuadas son un vaivén que atempera sus ansias por fumar. No lo hace en el camino de ida, cuando el frío de la madrugada atenaza los dedos, se cuela por las rendijas de la chamarra y pone una mueca bajo el sombrero del chofer. Tampoco de vuelta, cuando se vuelve un despropósito allanar el refugio que proporciona el aire acondicionado con la bocanada tibia del ambiente. Es mejor conservar la ventanilla cerrada, sea de ida o de regreso. La abstinencia es un animal al acecho.

Así que amortigua la ansiedad adormecido. Intentando no pensar en esa ruta sinuosa a causa del capricho de quien trazó ese camino de terracería. Si no hay nada a los lados, las curvas bien podrían ser una simple recta, varias, si piensa en los pueblos desmigajados allá atrás; cada uno más pequeño que el anterior. Todo es polvo, tierra seca. La distancia se mide en espejismos. Si acaso algo diferencia al camino del resto de la planicie es la falta de grietas, aquí todo está apisonado. Los reflejos del amanecer le entornan los ojos; una idea se cuela hasta ellos pero la elimina con un parpadeo. Estira las piernas y se arrellana en el asiento. No es cómodo, la camioneta fue diseñada para el trabajo. Cabecea. Ya no sabe cuántas veces se ha prometido comprarse una almohada para el cuello, de las inflables. Le recuerdan a los flotadores de la infancia pero cualquier pensamiento relativo al agua no tiene cabida en este valle. Además, si todo sale como lo planeado, no tendrá razones para volver.

El ronroneo del motor termina por vencerlo. Sueña, quizá, con un cigarro y una mujer. Una que consiga dar pelea a todas aquellas con quienes ha fantaseado. Alguien debe ser el depositario de los encantos de modelos y actrices con las que sueñan todos. Incluyéndolo. Está seguro de conseguirlo. De algo valdrán tantos viajes y tanto trabajo. Se imagina llegando a una reunión cualquiera con la mujer en turno para envidia de todos los asistentes. Sí, de algo.

Más adelante, El Goterón enciende sus primeras luces a la espera del licenciado que sabe que el pueblo está por desaparecer.

… para el desahucio

Un hombre viejo camina sobre el terraplén apaciguado.

No sólo eso: un hombre muy viejo recorre la calle. Va a la mitad de la calle si es que se le puede llamar calle. Es un anciano. Un anciano que recarga toda su existencia en las plantillas ortopédicas que de poco le valen. Él mismo las ha reparado varias veces con cinta adhesiva y cordeles. No basta. Sus zapatos apenas son jirones de piel sostenidos por las agujetas. Las suelas acusan agujeros difíciles de disimular. Las costuras no alcanzan. También recarga su peso en la cadera mal reconstruida, en el implante desgastado, en sus rodillas hechas polvo a fuerza de años y caminatas.

Es un anciano que recarga todo su peso en el horizonte, en una idea y en los hombros de otro hombre, más joven, casi un niño.

Es un hombre por los años, niño por los pensamientos. Su madre tomó pastillas para adelgazar mientras lo gestaba, mientras se hacía a la idea de que su belleza era caduca. Su padre no lo supo hasta que era irremediable. Su madre ya no está. Huyó después de la golpiza con que su esposo la felicitó tras haber parido. Su padre ya no está. Lo abandonó cuando, tras desfogarse, supo lo que había engendrado. Su abuela ya no está. Murió a causa de la edad y el cansancio. Sólo le queda su abuelo. Es el anciano que camina con el brazo sobre sus hombros.

Ninguno de los dos debería salir solo de casa. Al viejo ya no le alcanzan los recuerdos para pensar con claridad. Al joven le sigue sobrando el entusiasmo como para percibir el peligro. Juntos tampoco se ayudan salvo para caminar. Resulta evidente al verlos a la mitad de la calle, lejos del amparo de las banquetas; si es que esto puede considerarse una calle. Si acaso, una sospecha se alberga en sus memorias: la de que siguen siendo los de antaño, los de siempre.

El hombre mayor con su nieto idiota. El hombre rudo que lo sacaba a pasear disfrazando de rudeza su ternura, sin importar los cuchicheos ni las bromas. El minero jubilado que expiaba sus culpas lidiando con la impaciencia. El capataz que juntaba sus manos callosas con otras no menos fuertes, evitando que escapara. Formas varias para demostrar el cariño. Pero ahora ya no tiene el brío de antes, la fuerza requerida para contener el envión de energía del muchacho, la lucidez para anticiparlo, la voz grave para imponer su autoridad.

Ahora tiene que recargarle sus años para dar el siguiente paso.

Son apenas un anciano y un hombre joven caminando en medio de la calle, rumbo a la carretera. Por suerte es madrugada y silencio. No hay coches sino unos destellos blanquecinos al fondo de la nada. Justo hacia donde se dirigen.

Un rayo de entendimiento surca la mente del anciano. Comprende que es un sinsentido que estén solos, fuera de casa, a estas horas. Otro más continúa el razonamiento antes de perderlo en su itinerancia: deben llegar a la oficina de correos. El último estertor de lucidez: … para avisar que ya no habrá casa a la cual volver.

… para mudar un pueblo

Se dice que El Goterón se asienta en un valle yermo, donde el calor es un capricho del suelo, de la tierra apisonada, de las grietas en esta tierra, del silbido del viento que sólo aparece por las noches. Y el sol brilla como brillan los metales al fundirse, casi blancos, dispuestos a cocinar lo que está en los anafres, los sartenes y las planchas. Se dice que El Goterón es una plancha, un comal agrietado, sin agua, con un puñado de casas calcinándose sobre el calor que emana de ese piso y ese cielo. Así es y así ha sido por siempre.

Se dice que los primeros habitantes bajaron de los cerros, atravesaron praderas, libraron claros de agua, acequias, ríos: golpearon la concha indestructible de la plancha hasta lograr trasminarla. Por eso las grietas del suelo. Los habitantes parecen salidos de las entrañas de la planicie. Por eso vuelven a ella cargados de herramientas, para encontrar el camino de regreso. Por eso y porque a alguien se le ha ocurrido que un metal brillante vale tanto esfuerzo: la piel de las manos desapareciendo a dentelladas, los miembros torcidos, el polvo dejando su pátina en la garganta y los pulmones. Ningún metal lo vale. Para brillo el del sol que calienta demasiado. Por eso también se refugian bajo tierra. Sin importar el hambre, los globos de los ojos agrietados, el recuerdo de una familia suplicando para que su hombre no fuera apresado en el último derrumbe. No, ningún metal vale eso.

Se dice que esto no es nuevo: hace ya cinco siglos los primeros habitantes salieron a la clara superficie del valle. Pasaron la noche agotados, tendidos sobre el suelo, sobre sus grietas, sobre el deseo de un trago: soñando sueños líquidos. Ahí descubrieron la hostilidad de la planicie. El frío de sus noches los hizo suplicar por el sol. La ponzoña de sus animales casi los extermina. La sed los hizo comer puñados de tierra. Y sobrevivieron. Incluso llegaron más, obligados por órdenes sin sentido.

Se dice que se agruparon entonces. Primero en un jacal, luego docenas. Las paredes de barro, el mismo piso agrietado dentro y fuera.

Se dice que murieron muchos, pocos llegaron a ancianos. Las casas se heredaban como se heredan los puestos en la mina: más por la costumbre que por la intención. Así pasaron los siglos. El panorama estático. Si acaso cambiaron los rostros no lo hicieron las expresiones. Tampoco el deseo por encontrar refugio bajo tierra, de volver a los

túneles, a ocultarse del sol, a las tráqueas cerradas de tanto tragar polvo.

Se dice que así vivieron durante quinientos años. Aún quedan viejos que recuerdan a las mujeres acarreando agua por la llanura, la oscuridad de una noche sin luces, el tibio amparo de la resignación.

Se dice que esos días terminaron hace poco, cuando la minera cambió de nombre, cuando entregó agua entubada y televisores. A cambio sólo pedía una constatación: ser la dueña de todo. Cada casa era suya, cada jacal, cada minero, mujer y niño. Sin importar que los abuelos de los abuelos ya vivieran ahí desde siempre: ahora todo era propiedad de los dueños de la minera. Gente con la realidad torcida: seguían imaginando que el metal brilloso valía más que una vida.

Eso se dice, porque nadie ha llevado registro de ello. No durante tanto tiempo.

Se dice.

… para crear un dogma

Cavar una tumba no es sencillo. Se requiere cierta destreza técnica, mucha fuerza y voluntad.

Para quien no está acostumbrado al trabajo físico, pronto llegará el dolor. De muchos tipos. El de los músculos podría ignorarse mientras estén calientes, en movimiento. ¿Pero cómo hacer caso omiso de las ampollas, de la sangre que pronto se regará a cada palada? A este hombre hace mucho que no le sangran las manos. El recuerdo del líquido tibio corriendo por sus antebrazos mientras apretaba con fuerza el mango del zapapico pertenece a otra vida. Las costras que se formaban por las noches sólo para reventar a la mañana siguiente. Una y otra vez hasta endurecerse. No lo consiguió y ahora está pagando por ello. Siente los primeros calambres en los brazos. Falta de costumbre, se dice, y vuelve por la pala.

No, no es sencillo. Baste imaginar el escenario. Apenas una tenue luz rompe con el ensalmo de la noche, pétrea, casi oleaginosa. Las ráfagas de viento suman su aullido al de quien espera a ser lanzado a su postrer habitáculo, irregular y perdido en medio de la nada, a medio camino de El Goterón. Y un hombre, uno solo, pelea en medio de esa nada para ocultar su crimen.

Casi desespera. Un hormigueo recorre sus manos. El hueco es mínimo, insuficiente, y sus hombros se quejan por el esfuerzo. Ojalá tuviera callos. Sus palmas se irritan por la abrasión. De poco sirve sacudirlas. De inmediato centenares o millones de gránulos de tierra se depositan entre la piel y el mango de la pala. A cada movimiento, a cada palada, se restriegan contra ambas superficies. Nuevos dolores se suman al cansancio: las muñecas, los antebrazos.

También la quijada. Le es imposible mantener la serenidad. La descarga de adrenalina se agotó hace tiempo. Apenas le alcanzó para trasladar el cadáver. Sabe que sus fuerzas van menguando y que, si no se apura, quedará vacío antes de terminar su labor. Él ha sido testigo de una infinidad de aprendices castigados por no saber dosificar el entusiasmo. Llegaban casi niños a la mina, con la esperanza puesta en las monedas que llevarían a casa. Se tronaban antes de completar la hora acarreando piedras. Como se les paga por carretilla, se creían capaces de vencer la miseria. Pronto aprendían a dosificar, a ir lento, a resignarse a esa miseria. Él sabe que cada movimiento es fundamental, que no hay cabida para el dispendio y, sin embargo,

aprieta más los dientes, los hace rechinar.

En sus tiempos de aprendiz descubrió el alivio que significa dejar de pensar. Se pregunta en qué momento llegará esa venturosa desconexión que lo convierta en autómata. De lo contrario, tendrá que resignarse a la derrota, a dejar el cuerpo tirado y fingir demencia. No, no le gusta dejar pendientes pero está a punto de dimitir. Sí, necesita desconectarse y no pensar en el cuerpo tendido a unos cuantos metros; aún tibio, con la vida casi intacta.

No es que se sienta culpable, era necesario. La fe se construye con sacrificios. Sólo se siente cansado. Muy cansado. Demasiado para continuar. Apoya la pala en el suelo terregoso. Se apoya, a su vez, en ella. Casi puede percibir cómo se relaja cada uno de sus músculos. Podría quedarse ahí, en esa posición, por siempre: hay alivios instantáneos que tienden a lo eterno. Quedarse al amparo de una noche prolongada. Si tan sólo consiguiera moverse para apagar la lámpara y volver a la oscuridad un absoluto.

Un aullido lo alcanza. Es el viento imitando lo humano. Se estremece cuando se cuela entre sus ropas. Al pasar por su espalda se transforma en acicate. Vuelve a cavar o eso parece. Hunde la pala con desidia, recoge tierra, la lanza a un lado. Repite una y otra vez la danza hasta ganar cierta cadencia. Su mente se pierde en un marasmo que le permite continuar.

Tras él, un cadáver espera la gracia de un sepulcro.

… para claudicar

El deseo suele interponerse en la andadura del sufrimiento.

Mientras permaneces en una sala de espera con sillas desvencijadas piensas en Camila. Se aparece en medio de tus pensamientos sin explicación ni convocatoria. Cada vez con mayor frecuencia. La primera vez que la viste a solas fue al terminar el funeral de tu pequeña.

La tarde era un gañido estéril. Durante la ceremonia te mantuviste en pie, a lo lejos. Incapaz de sumar reclamos al dolor. Poco importaba que tus suegros, los padres de Mónica, pensaran mal de ti. Nunca te habían querido y no sería ahora, frente a los dos ataúdes, que lo hicieran. Además, ante ellos, serías incapaz de ocultar la culpa. Una culpa infundada pero perceptible. Una culpa que tensó tus antebrazos y apretó tus puños hasta hacerte daño.

Es cierto, tú no habías perpetrado la muerte de tu hija. Tampoco la habías impedido. La culpabilidad tiene carices aciagos para quien la procura. No importa que todo estuviera planeado, eso lo descubrirías más tarde, cuando el dolor hubiera hecho de la culpa un pasajero más en su victoria. El caso es que saliste de la casa, furioso. Cegado ante el problema irresoluble y gratuito, dejándolas a la espera de los criminales.

Tus suegros no podían saberlo pero estabas convencido de que el descuido se te notaba en la cara, en la forma de mirar el horizonte, en la tierra bajo tus pies. Ni siquiera te preocupaste por vestir con propiedad, como Mónica te había enseñado. Ibas con unos jeans viejos, camiseta con estampado y chamarra de mezclilla: la misma indumentaria de siempre, la más cómoda, la necesaria para entrar en acción, para huir; la que fue insuficiente para salvarla.

Cuando terminó la ceremonia te recargaste contra el árbol que te ocultaba, la tensión en los músculos desapareció. Acercarte a la tumba, a la tierra removida, era constatar lo irremediable. El calor era un manto chicloso. La tarde, un bramido agónico con tintura azulada. Gotas de sudor resbalaron por el cuello, por las axilas empapadas. Conservaste la chamarra en su sitio. Para guarecer el tufo macilento de la pérdida. Tomaste del suelo las flores que habías comprado en un gesto inusual. El ramillete maltratado por el descuido y el calor. Lo arrojaste sobre otra tumba y apuraste el paso. Frente a la lápida los escombros de una vida. Sólo un largo suspiro cuando leíste el nombre

de tu pequeña, las fechas absurdamente cercanas que pretendían abarcarla, que la limitaban. Te quedaste ahí, sentado, a la espera de algo ilusorio.

Fue donde te encontró Camila. Despojada de esa actitud tan hostil, tan agresiva, tan salvajemente seductora, resultaba mucho más bella pero ya no la deseabas. De toda esa parafernalia con que solía cubrirse sólo conservaba el piercing en la lengua. A cambio, un traje negro y muchas, muchas más lágrimas de las que tú jamás habías llorado. A saber cuáles para Mónica y cuáles para tu pequeña.

Apenas hablaron lo suficiente para saber que tenían visiones encontradas del mundo. Tú querías venganza si la muerte no llegaba en un arrebato justiciero. Camila prefería el olvido, la resignación, reconstruir la vida, eres joven… Prometiste intentarlo a sabiendas de que, a partir de la mañana siguiente, si la tristeza no terminaba contigo, te dedicarías a dar caza a cada uno de los responsables.

Camila te pidió que se vieran pronto, incluso te tomó de la mano y te miró a los ojos. Tras el velo acuoso un chispazo. Contestaste que pronto era demasiado tiempo o muy poco. Mentiste al decir que volverías. No sentiste culpa por el engaño hasta que, tras un breve parpadeo, ella volvió a mirarte. Agazapado, encontraste el origen de un deseo antiguo.

Ahora, cuando piensas en tu pequeña, en Mónica, cada que eres incapaz de recobrar la imagen de quien fuera tu mujer, al recurrir a las frases escritas en un papel doblado en cuatro para evitar que se te diluyan los recuerdos; a cada momento en que la consigna es recuperar su sonrisa, sus ojos, ese ligero parpadeo tras el sueño, su modorra… se aparece Camila y no te gusta. Es una idea demasiado poderosa que lucha para vencer tu tristeza.

Y eso es lo único que sin duda te pertenece.

… para triunfar

Apenas baja de la camioneta, el licenciado se ajusta las gafas oscuras y sacude el polvo inexistente de los laterales del pantalón. Debe ser disciplinado, acicalarse aun cuando a nadie le importe su apariencia. Busca en las bolsas de su chamarra. Saca una cajetilla y su encendedor y los acomoda en la camisa no sin antes tomar un cigarro y prenderlo con urgencia. Aunque apenas se percibe el tibio rumor del alba, decide dejar la chamarra en la camioneta. No le dice nada al chofer, no le da una simple muestra de gratitud.

Observa alrededor. Tres centenares de casuchas tristonas, sin mucho orden. Si acaso, predominan las que tienen fachada rumbo al sur. Se le ocurre el mismo pensamiento déspota en torno a las habilidades de urbanización de los pobladores que tuvo cuando llegó por primera vez. Se sigue en una línea especulativa. No puede sino despreciarlos. A quién se le ocurre habitar estas tierras. Para no perderse en conjeturas intenta contar las casas. Se agrupan en una retícula amorfa, sólo para que existan calles. Bien podrían estar una al lado de la otra, en una hilera larga o formando un círculo. Son tan pocas y representan tanto trabajo, suspira. No ha llegado a la veintena cuando se interrumpe. No tiene caso contarlas, conoce el número exacto: trescientos ocho.

Trescientas ocho casas que serán desalojadas en los próximos días a cambio de otras tantas a dieciséis kilómetros de distancia. Vaya que son afortunados. Estarán más lejos de la acequia, las tierras de cultivo no serán tan fértiles, los animales no hallarán las rutas pero se mudarán a un pueblo nuevo, hecho sólo para ellos. Ahí tendrán servicios que sólo han visto por televisión. Hasta un banco y una escuela secundaria. Lo que sea con tal de explotar la veta de cobre recién descubierta. Ya querría él que le cambiaran su pequeño departamento por uno nuevo y más luminoso.

El licenciado sonríe, los dientes blancos, parejitos. No cualquiera atestigua la fundación de un pueblo. Le gusta ser parte de algo tan grande. No entiende por qué algunos habitantes se niegan a la mudanza. Por fortuna, el gobierno estatal los amenazó con expropiar las tierras; mejor aceptar el trato de la minera a recibir unos cuantos billetes que no alcanzarían para nada, vuelve a escuchar al gobernador en la comida que tuvo con su jefe hace ya unos meses. Sí, será lo que más les convenga. Luego brindaron en medio de carcajadas. Al final, un portafolio cambió de manos y se palmearon las

espaldas.

Lanza el cigarro al suelo y lo aplasta. Es hora de finiquitar el proceso de escrituración. Con suerte logra volver a casa antes de que acabe la semana. En la oficina, un notario a modo y Abundio, el representante de la empresa. Falta la secretaria pero ella llega más tarde. Lo esperan. También sonríen.

… para hacer un regalo

Elpidio está enamorado de Cecilia desde que eran niños. Compartían pupitre en el salón. Llegaron hasta tercero. La escuela terminaba ahí. Con sus diez años y una enorme certeza le escribió un poema. Fue el primero de muchos. Cuando se lo dio, ella apenas le regaló una mueca.

Desde entonces le ha hecho más de un centenar de regalos. Cada tanto se despierta de madrugada para acercarse hasta su casa antes de que salga el sol. Debe apurarse para llegar a tiempo a la mina. La casa de Cecilia está lejos. Elpidio es rengo. Un derrumbe lo golpeó con saña. Tardaron en sacarlo de debajo de los escombros. El capataz no quería llevarlo al hospital. Apenas tenía doce años y harían preguntas. Le salvaron la pierna de milagro. No pudieron soldar bien los huesos. Cada paso le duele pero ya se acostumbró. Cuando llega a casa de Cecilia deja el regalo frente a la puerta y regresa satisfecho. Sabe que algún día ella lo querrá.

En la mina trabaja más duro que todos pero recibe menos sueldo. Nunca ha pasado de ser un aprendiz. Al menos eso dice su puesto aunque sabe tanto como cualquiera. Es por la pierna. No lo dejan entrar más allá del tiro, no vaya a ser la de malas. Sólo acarrea piedra. No descansa. Los niños nuevos se burlan de él en cuanto logran sobrevivir las primeras semanas. No les hace nada. Hasta les ayuda cuando no cumplen su cuota.

Tras la muerte de su padre ya sólo pudieron hacer dos comidas al día. Él y mamá. No alcanzaba para más. Eso y la tristeza terminaron con ella. En el cementerio de La Noria lloró mucho pero no le dejó las flores que le dieron. Se las llevó a Cecilia. Ella le reclamó la tarde siguiente, al salir de misa. Cómo se atrevía a regalarle flores de difunto. Se disculpó todo lo que pudo antes de que ella se fuera. Regresó feliz a casa. No le importó que estuviera vacía. Cecilia le había hablado después de tanto tiempo. Además, ahora le alcanzaría para nuevos regalos.

Cuando avisaron de la mudanza de El Goterón fue el primero en apuntarse. Así podría elegir casa. Junto a la de Cecilia, pidió. Tuvo que esperar para que le asignaran la suya. Ahora seremos vecinos, le dijo un domingo estival. Ella sonrió sin ganas.

Empacó apenas unas cuantas cosas, ansioso. No entendía por qué tardaban tanto en mudarse. Escribió un nuevo poema. Lo dobló y lo

introdujo al sobre junto con una medalla de su madre. No lamentó el gesto. Pronto regresaría a la casa. Cuando Cecilia aceptara casarse con él. Pasaba las noches imaginándola en la nueva construcción, como su mujer. Él se encargaría de desarmar sus trenzas, cepillarle el cabello, contarle todas las noches las noticias de la mina. De seguro tendrían pronto un hijo. Se llamaría como él. Cecilia, si era niña.

Es el día más feliz de todos. Cecilia le pregunta qué está dispuesto a hacer por ella. Todo, lo que sea. Ella le agradece con una caricia en la cara. Un hormigueo se instala por donde dejaron su rastro esos dedos largos y humedecidos. Le pide que ponga su nueva casa a nombre de ella. Es una muestra de buena voluntad, de que sus intenciones son serias. Acepta sin dudarlo. Lo despide con un beso en la otra mejilla. El hormigueo se multiplica.

Esa noche sueña que logró escapar del derrumbe. No es rengo. Ha alcanzado el grado de capataz. Dirige la mina con justicia más que con firmeza. Los resultados son increíbles.

A falta de firma, Elpidio Morales escribe su nombre. El licenciado sólo le pregunta una vez si está seguro. Cómo no va a estarlo. Cecilia lo espera fuera de la oficina. Lo tomó de la mano para entrar juntos. El notario da fe con un asentimiento. Le dan a ella las escrituras. Sólo queda esperar al día de la mudanza. Al salir, ella rechaza la mano. Se van por caminos opuestos.

Cuando llega cargando su caja hasta la casa nueva le abre un hombre. Es alto, güero y apesta a alcohol. Lo despide con insultos. Cecilia es su mujer y no debe molestarla nunca más. Elpidio pasa la noche en la bodega de herramientas de la mina. La pierna le duele mucho. Le pedirá al capataz que lo deje dormir ahí. Está lejos pero no importa. Cuando junte algo de dinero comprará un regalo, se despertará antes del amanecer y se lo dejará a Cecilia en la puerta de su nueva casa.

… para claudicar

Ser asesino es fácil cuando no se tiene esperanza.

Es un trabajo como cualquier otro y tú lo has hecho bastante bien. Hay quienes pagan para que alguien muera. Lo escuchaste casi sin querer en la secundaria nocturna. Estabas harto de cargar costales y recibir insultos a cambio. Te acercaste a uno de los que vendían droga. Compraste tres papelitos sabiendo que lo resentirías en la espalda, con los viajes extra para poder pagarlos. Los guardaste en un frasco de mayonesa. Te fuiste ganando su confianza gracias al consumo semanal. Una noche cualquiera encontraste desencajado a tu proveedor. Algo había salido mal. No escuchaste razones. Faltaste a las clases siguientes y, cuando todos salían, le entregaste todas las dosis que le habías comprado. El júbilo opera maravillas. No sólo hizo caso omiso del olor a mayonesa, también te consiguió tu primer encargo.

Desde entonces has recibido decenas de avisos. Leías el correo y actuabas en consecuencia: un par de balazos, el tajo carmesí de una navaja. Eras bueno, muy bueno. Tanto que te hiciste de cierta fama. Te diste el lujo de rechazar ciertos encargos. No es un asunto moral sino desconfianza. También ahorraste para el futuro aunque ahora esté teñido de odio. Tu única esperanza, la placidez que llegaría con los años, ha sido desbancada por la destrucción de tu presente. Cómo verte a ti mismo como un anciano caminando por las montañas en torno a una pequeña cabaña, si no tendrás nunca la visita de tu pequeña. Se han desvanecido esos verdes aglutinados en medio de la humedad.

El retiro a ese paraje solitario era una idea que te funcionó hasta que conociste a Mónica.

Con ella descubriste los sinsabores del amor. Llegó de casualidad. Los asesinos trabajan sin horarios y tienen mucho tiempo libre. Te inscribiste en clases de idiomas y diplomados, cualquier cosa que no requiriera papeles. Hasta en un curso de cocina. Querías atenuar tu ignorancia, la falta de estudios formales. Descubrir el mundo es una pulsión legítima.

Coincidieron en un ciclo de cine, el lugar ideal para darle un mandoble al tedio. Al terminar las proyecciones el grupo discutía. Permanecías callado, oculto al fondo. Si el moderador insistía mucho, elaborabas un par de frases, ambiguas. Pronto dejaron de

importunarte.

La lluvia propicia los encuentros. Caía con la tórrida violencia del verano. Todos han huido a sus coches salvo ustedes. A ti no te desagrada caminar bajo la tormenta: templa el ánimo, disipa los humores, suma el estruendo ajeno al propio. Mónica alcanzó a preguntarte, mientras alzabas el cuello de la chamarra, si saldrás así, si tenías prisa, si vivías cerca. La observaste como no lo habías hecho. El vestido ligero, propio de la temporada de calores, las sandalias. Su cuerpo palpitaba de frío. En sus brazos, el estremecimiento la volvía indefensa. Negaste con un gesto que resulta propicio. El café se volvió plática, recurrencia y sexo. Ella te fue conduciendo a su mundo y te dejaste llevar sumiso.

Una esperanza va ocupando el lugar de las dudas.

Se casaron en una ceremonia sin fastos. Los invitados corrieron a cargo de la novia. No ibas a irrumpir en el festejo con un par de asesinos, otros tantos informantes, vendedores de armas; el espectro pleno de tus conocidos. Supiste ignorar los cuchicheos, la mirada reprobatoria de los cuñados, la ausencia del suegro. Descansaste unos meses hasta que el enamoramiento se disolvió en la costumbre.

Mónica nunca hizo demasiadas preguntas. A saber qué suponía. Se conformaba con las respuestas ambiguas que le dabas en cada salida para completar un encargo. Ser asesor es una abstracción permisiva. Como no sabías hacer otro trabajo, veías con naturalidad los correos con los datos de las nuevas víctimas. Elegías sólo los mejor pagados. Era tu forma de proteger a tu familia aunque no consideraste que estuviera en riesgo. Simplemente no tenía sentido exponerse en exceso. Los ahorros se incrementaron sin que Mónica tuviera noticia. Ella iniciaba una carrera exitosa y bien remunerada.

Cuando te enteraste de que serías padre supiste que todo estaba por cambiar. No sólo por la transformación evidente sino porque tu trabajo estaba por terminar. Durante el embarazo aceptaste cuanto encargo llegó. Te supiste infalible. El olor de la sangre casi te enloquece.

En cuanto tuviste a tu pequeña en los brazos, te inundó un sentimiento más poderoso que cualquier otro. Conforme te fuiste haciendo cargo de ella supiste que no podrías asesinar a nadie más. Comprendiste en la idea del dolor propio el de tantas víctimas y, sobre todo, el de tantos deudos. Bloqueaste tu cuenta de correo mientras cargabas en un brazo a tu pequeña.

Ahora ya había una esperanza en tu vida y, así, no es fácil ser un asesino.

… para triunfar

Derriba la primera puerta con cautela. Habían suspendido el papeleo para comer. El licenciado pidió caminar para bajar la comida, harto de llenar machotes. Ya de regreso, el notario les dijo que miraran a los empleados de la minera, dos obreros fuertes, las manos curtidas y llenas de hollín. Hacían fuerza con una palanca para reventar los goznes.

—Las tenemos que romper —explicó Abundio, didáctico—, de otro modo regresan aunque ya se hayan llevado sus cosas a la casa nueva.

Les preguntó si querían intentarlo. El licenciado no se hizo del rogar. Alcanzaron a la cuadrilla en la siguiente casa. Le señalaron las herramientas para que escogiera una.

El licenciado siente cómo ceden los taquetes superiores. Deja la palanca a un lado. Confía en su fuerza. Toma la madera por el marco y jala inmutable. El resto de los tornillos no cede. Al contrario, dan pelea y él no quiere que se le note el esfuerzo. Mira en torno. Recoge tierra del piso y se frota las manos. El sudor le brilla en la frente. La sonrisa es una constante que se congela cuando sus ojos se topan con los dueños de la casa, un matrimonio viejo. Jala con menos fuerza aún, avergonzado por ser el causante de esa mirada ancestral que no se separa de la construcción.

El licenciado piensa en sus padres, en la casa de su infancia y primera juventud, en la alegría de su padre cuando les avisó que la hipoteca estaba cubierta. Fue la primera vez que probó un licor fuerte, para celebrar, un traguito no le hace daño a nadie. Le gustó el sabor dulce, como a postre. Ellos siguen viviendo ahí.

Recoge la palanca. La mete bajo el marco de la puerta. Recarga su cuerpo contra la barra de metal. Escucha la madera desgajarse. Jalar ahora es más sencillo, sólo queda una pija que podría ceder por el peso. Se queda con la puerta entre las manos. Cuando la tira al suelo la vista de los viejos la sigue. Se levanta una pequeña nube de polvo. No la mirada de los ancianos. Se dan la vuelta y caminan tomados de la mano.

Cada quien tiene sus propias formas para vivir el duelo, se justifica el licenciado, intentando recordar cuándo fue la última vez que vio a sus padres tomarse de la mano. La memoria no se activa. Regresa malhumorado para continuar con el papeleo.

Más tarde vuelve a demoler. Las siguientes puertas las ataca con

mayor determinación; siente una pulsión única, la que lleva al mazo a golpear con fuerza. Se burla de un miembro de la cuadrilla que insiste en quitarles los tornillos con un desarmador, girándolos. Es apenas un muchacho. Tendrá catorce, quince años. El cuerpo flaco, la piel oscura, los rasgos duros. A sus órdenes, le contestó al preguntarle su nombre. Le arrebata el turno, toma un hacha y la emprende contra la madera. Siente cómo sus músculos se vuelven poderosos. Dos, tres golpes, y las astillas vuelan. No la saca del marco pero es igual, los demoledores llegarán pronto. El último hachazo lo dirige a una placa de cerámica empotrada en el muro, con el nombre de la familia pintado a mano entre líneas garigoleadas.

No siente la crispación de los antiguos habitantes. Cuando el licenciado se vuelve sonríe para que Rebeca, la secretaria que le asignaron, le tome varias fotos con su teléfono.

… para entonar un canto

Recibe el documento con un hilo de voz. No le alcanza ni para decir gracias. Mira su nombre completo: María Catalina de la Concepción Divina Sánchez Pérez. Y pensar que lleva años llamándose La Machacona.

Al menos así es como la conocen desde que, hace más de una década, cantara esa canción en el cierre de la feria. A partir de ese momento su camino a la fama lo tuvo asegurado. Había algo en su voz que no cuadraba con su cuerpo minúsculo, con su expresión de niña buena. Tanto, que cuando apareció en la tarima tambaleante de La Noria la recibieron con abucheos. Cómo iba a ser esa pequeña la encargada de cerrar los festejos.

Tenía ganas de salir corriendo, de persignarse y de llorar. Sin embargo, esperó paciente a que la multitud callara. Las manos en la cintura, su pie marcando los segundos contra las tablas, el cuerpo entero temblándole desde el interior. A ver quién aguanta más, se decía estando segura de que sería ella quien cediera. Alguien gritó que la dejaran cantar. Más abucheos, risas y, por fin, una ventana de silencio. Supo aprovecharla. Su voz se esparció como un shock cromático, luminoso. Era tan grande que no dejaba espacio para ningún murmullo. Las pieles se enchinaron, varios vasos cayeron al piso, los cigarros quedaron colgando, atónitos, de los labios de muchos de los presentes. El efecto hipnótico era excesivo.

Sólo tenía montadas tres canciones que tuvo que repetir sin pausa. Cerró con la cuarta, la que debía ser sólo para ella. La que le enseñó su padre poco antes de morir. Cantó a capela. Catalina sacó lágrimas a los más rudos. Nunca habían escuchado esa tesitura. Nunca ese dolor en una balada. Mucho menos todo junto, acompañado por la figura de una niña a la que se sentían obligados a proteger. Al final, un silencio opaco, inmóvil. El preámbulo de un alarido desaforado.

Se acostumbró a esos desplantes y supo apreciar el valor de los silencios. Cuando se paraba en el escenario lanzaba su voz con todo lo que tenía con tal de crear esos instantes en los que se detenía el universo. Ya no sólo cantaba en El Goterón o La Noria. Su fama fue ganando a toda la comarca minera. Su nombre se hizo humo. Alguien le recomendó quedarse con el mote de Divina pero el público la recibía repitiendo el título de su canción. Incluso así la anunciaban unos carteles deslavados que pegaban en los postes de luz con

engrudo. Así que se olvidó que había sido bautizada con otro nombre.

Los contratos eran de palabra, el pago en efectivo. Las invitaciones para que animara fiestas privadas, celebraciones públicas y demás llegaron a raudales. Aceptaba casi todos con tal de poner una nueva crucecita en el mapa que cargaba en su bolsa. Había descubierto una obsesión persistente: cantar en todos y cada uno de los pueblos de la comarca. Si su padre los había visitado, ella haría lo mismo. Incluso cantó en la capital del estado, para el cumpleaños del gobernador.

Cantó en cada pueblo, ranchería, caserío y ciudad. La Machacona era sinónimo de la tristeza de los mineros. Cantó en todos salvo en uno. Justo al que la van a mandar en cuanto se mude el pueblo entero. Un escenario para volver a ser la dueña de la comarca. Un escenario para superar a su propio padre, piensa con melancolía. Se pregunta cómo lo conseguirá ahora que se ha quedado casi sin voz. Ya habrá forma. Ya habrá forma. Se repite en un mantra cruel porque no puede escuchar sus propias palabras.

… para claudicar

La certeza del amor suele ser más persistente que el amor.

—Estoy embarazada —confesó Mónica. Sus ojos hacia el piso, su mano jugueteando con un sobrecito de azúcar, el lugar atestado. Todo tan diferente a cuando se enteraron de que tu pequeña venía en camino: el nerviosismo en la farmacia, la ansiedad tras la puerta del baño, las franjas rosas, la confirmación de la sospecha.

Dejaste pasar la siguiente media hora en silencio. Sopesando la cantidad de daño que podías resistir. Buscando sus ojos que se escabullían al menor pretexto, incapaces de dar una explicación. El azúcar esparcido sobre la mesa. El gusto amargo de tu expreso muy cargado, aunque parezca que exageras. Viste el reloj de manera instintiva, como si sus dos manecillas fueran suficientes para hacer cuentas. Tampoco eran necesarias. Mónica lanzó su mano sobre el vacío pero la evitaste con facilidad. Recuerdas cómo los granos de azúcar se pegaron en la piel de su antebrazo.

Ese hijo no era tuyo. Por eso te pidió que dejaran a tu pequeña con la nana, para no darte la ventaja del territorio. Por eso la demora, los chistes fáciles, las miradas esquivas. Hacía tiempo, la edad de tu hija, quizá más, que las cosas entre ustedes no iban por buen camino. Para que el romance se acabe basta con la desidia de uno y ésta suele alternar entre ambos. Ver la tele tras una larga jornada de trabajo es más sencillo que abrazarse al otro porque implica desprenderse y no ocuparse. Hay quien prefiere los placeres simples. El cansancio es el más cruel de los pretextos para quien gasta su energía en lo ajeno.

Ese hijo no era tuyo y debiste adivinarlo ante las negativas de Mónica. No el embarazo sino su infidelidad. Pero ella ascendía en el trabajo, se ocupaba de cosas relevantes, hasta se le veía feliz en los escasos minutos que pasaban juntos. Tú también lo estabas. Tu pequeña era tu ocupación predilecta y de tiempo casi completo; salvo por la escuela y la nana. Por eso no se te ocurrió pensar que el amor había terminado, que restaba la costumbre, que era una nueva etapa. Uno no cuestiona lo cotidiano. Mucho menos si se oculta tras una fachada funcional.

Ese hijo no era tuyo, pensaste de nuevo, media hora más tarde. En la pequeña taza el café estaba frío y hasta el borde. Al tomarlo no pudiste evitar el temblor en la mano. Fueron unas cuantas gotas las que detonaron tu enojo: apretaste la taza hasta romperla. El líquido

derramado no te quemó. Tampoco a Mónica quien reaccionó con un sobresalto. Por fin sus ojos se concentraron en los tuyos, entrecerrados.

—Ya es hora de que se vaya la nana —la voz apenas fue un siseo. Las mandíbulas tensas, los labios separados.

Frenaste la amabilidad excesiva de uno de los dependientes quien se acercaba, presto, con un trapeador. También se detuvo el cuchicheo, las miradas de los tantos estudiantes, cuando te pusiste en pie. Percibiste un murmullo ahogado, el deslizamiento de las primeras lágrimas de Mónica, el tacto frío y graso de la puerta de vidrio. La huella de tu mano sobre él. Fue hasta entonces que viste que sangrabas. Las luces de los coches sobre la avenida. Cambiaste de mano. La textura de los billetes para la nana, la respiración profunda de tu pequeña cuando entraste en su cuarto. El peso del cuerpo de Mónica cuando se dejó caer en un sillón de la sala. La textura de los sueños escapando de la almohada.

—¿Quién es el padre? —pasaron horas. La sangre es una costra flexible sobre tu pantalón. Tu voz es una orden que despierta a Mónica y la asusta.

Decidiste sintetizar todas tus dudas sólo en ésa. No tenía caso externar el argumento tantas veces pensado al lado de la cama de tu pequeña, sentado en el piso, con los destellos fluorescentes de un juguete impregnados en la retina.

—¿Quién es el padre? —repetiste, evitando hablarle de lo injusto de esta situación.

La frágil armonía de sus vidas terminaba de golpe. No ibas a ser quien se hiciera cargo de ese niño. Tampoco podrían seguir juntos. La más afectada sería tu pequeña y en eso estribaba la injusticia. Lo cotidiano suele ser frágil.

—Eso no tiene importancia —creíste escuchar en un susurro, antes de que la frase continuara— lo bueno es que estamos juntos… podemos arreglarlo —y su optimismo fue una súplica traicionera.

Sentiste el golpe de adrenalina, el enojo allanando zonas inhabilitadas de tu cuerpo. Deseaste como nunca un arma y una forma de acabar con eso sin afectar a tu pequeña. Mónica seguía sentada, en la orilla del sillón, con el cuerpo echado hacia delante, la cabeza un poco alzada, los ojos muy abiertos, demasiado.

—¿Quién es el padre?

Mónica agachó la cabeza. Leíste en sus labios el nombre de su jefe. Escuchaste su llanto y cometiste el peor error de tu vida: no eras tú quien debía salir de esa casa.

… para seguir el rumbo

Un perro olfatea la mañana.

Es feo. Su pelaje corto y afilado se apelmaza bajo el vientre. Las orejas se alzan cada que el viento deja pasar un soplido, intentando descifrar su lenguaje. Nada. Ningún rastro perceptible. Camina con desdén, como si algo en su dignidad no le permitiera la carrera o el aullido. Tampoco la prisa. Va con la lengua un poco de fuera, sus ojos son incapaces de percibir movimientos.

Nunca ha tenido dueño. La costra de sarna disuade a cualquiera. Tampoco tiene memoria que le permita recordar cómo llegó ahí. Apenas es suficiente para seguir el rastro de las sobras. Atrás del mercado, en alguna casa, alguien le aventaba comida. A cambio movía la cola, nunca enseñaba los dientes. Pero ya no queda nada. Ni comida ni personas.

Por eso olfatea de nuevo, insistente. Para desentrañar el misterio de los motores, la dirección de la última de las caravanas. Nada. Todos sabían de él pero nadie se acordó de llevárselo. Como si lamer los dedos o correr junto al camino no hubiera sido suficiente. Como si perseguir pelotas y recibir patadas fuera el precio justo para su hambre.

Tiene hambre. Los huesos pegados a la piel.

Camina en círculos grandes hasta que un tibio olor lo llama. La casa está abierta. Entra temeroso. Muchos golpes ha recibido por osadías similares. La madera cruje, las paredes. El olor le llena las entrañas.

Saliva. Un estremecimiento en sus entrañas.

No reconoce al hombre. Nunca lo alimentó. Lame la sangre medroso. Podría ser un intento por sanar las heridas, por hacerse de un compañero. Sus instintos despiertan con el sabor carmesí. Primero da cuenta del charco, casi seco, luego lame la piel. La primera tarascada basta para terminar con sus inhibiciones. Pasa días saciado junto al cadáver. Ya no espera que despierte. Las vísceras son un manjar. Deja las sobras a los insectos.

Al salir de la casa su olfato se ha aguzado; es un depredador. Percibe los humores de la muerte. Sigue su rastro. Saliva aún más.

Será quien termine con los últimos despojos de El Goterón.

… para entonar un canto

Catalina siempre regresaba a El Goterón tras sus presentaciones. No era porque se sintiera muy arraigada al pueblo o porque tuviera un fervor reverencial por la tierra de sus padres. Era más simple: ahí estaba la única casa que había conocido y no encontraba razones para dejarla. Una casa que ahora empieza a ser escombro, cascajo. Así que desoyó las razones que la apremiaban a mudarse. A ella le gustaba mucho ese caserío grande donde todos se saludaban por su nombre salvo a ella, claro está. Ahí no tenía que andarse con fingimientos. Vestía como todos y nadie le hacía promesas falsas.

Se hizo novia de Ruperto y dejó que él se encargara de las cuentas. Era eficiente, cariñoso y la cuidaba. No podían ser más contrastantes. Al menos a primera vista. Él era un hombretón enorme, fuerte, escapado de las minas cuyos túneles le quedaban pequeños provocándole claustrofobia. Pronto La Machacona le abrió las puertas de su casa. El sexo era maravilloso. Ruperto hacía malabares con la muchacha. Las noches apenas les alcanzaban. Sobre todo, las de palenque. Los hombres se iban cabizbajos pero él era inmune a la tristeza de su voz.

Ruperto le regaló un mapa grande, de ésos que se doblan en muchas partes hasta quedar reducidos a un rectángulo pequeño. Juntos pusieron cada uno de los taches, recordando algún detalle especial de cada sitio: si había detonado una pelea, si la habían detenido, si el alcalde hizo lo imposible por llevarla a su casa, si se quedó muy serio cuando Ruperto la tomó de la mano para llevarla lejos, cuántos mineros lloraron, cuántas veces repitió las canciones, cuándo tuvo, por fin, un repertorio completo. Luego él trazó una ruta hacia la fama. El mundo merecía escuchar su canto desgarrado: dirigirse al sur alistándose para el estrellato.

Es el mismo mapa que ahora descuelga de la pared. Extendido sobre la mesa, los taches semejan un camposanto. Catalina recorre con el dedo los caminos, lento, intentando recordar aquellas anécdotas que evocaron juntos. Apenas recuerda cosas. Su memoria se deshilacha. De nada sirve percibir la textura de la tinta. Desplaza el dedo hasta ubicarlo en el lugar de su próximo destino. Dibuja ese pequeño pueblo, apenas es un punto perdido en la inmensidad de las líneas de colores, de las manchas de las ciudades, de los cauces de los ríos. Para no perderlo traza un círculo alrededor.

Falta uno, se dice. Un escenario para volver a ser la dueña de la comarca. Se pregunta cuántos serán capaces de recordar lo que hacía con su voz. En una de ésas ya la han olvidado y podrían quedar conformes con un canto apagado, débil, salido más de la voluntad que del talento. No. Eso sería faltar a sí misma, a su mote. Así que no sabe cómo lo conseguirá. Y repite de nuevo su mantra esperando que sea suficiente para recuperar la voz.

… para claudicar

Los minutos previos al amanecer son los más propicios para la tragedia.

Solías preferir ese breve periodo en que la tiniebla se desperezaba de sus penumbras para cumplir tus encargos. Esos minutos tienen algo de mágico, la consistencia de lo irreal. Conforme manejabas hacia casa de Dimitrio esa sensación se fue acrecentando. La tonalidad azul de los edificios, un ciclorama en el espejo retrovisor, los puños apretados en el volante.

Condujiste sin dudas. Era apenas la tercera vez que manejabas a ese departamento. Dos reuniones anteriores. Ambas aburridas. El grueso de los invitados eran compañeros del trabajo de Mónica. Te recuerdas llegando, con una sonrisa tan falsa como la cordialidad que dispensaste a la hora de las presentaciones. Luego vinieron los intentos por retener los nombres, algunos diálogos de cortesía.

La última imagen la recuerdas desde el exterior, como si fueras una cámara de video con un defecto en el micrófono: estás tú, recargado contra alguna de las paredes, solo, ridículamente ataviado con un saco que te quedaba estrecho a la altura de las axilas; un vaso en la mano derecha. La música rebota en las columnas, en los cuadros que adornan la sala. Es una selección musical vieja, de cuando casi todos los presentes rondaban la adolescencia. Todos bailando. Mónica bailando. Tú no. Ella incluso sabía bien cada una de las coreografías: las manos en alto que bajan de golpe, un giro rápido, los ojos muy abiertos, cara de pasmo, los codos hacia afuera. Bailaba con Dimitrio, más torpe pero entusiasta.

Luego el silencio. La dulce aceptación de la euforia de Mónica que concluyó en una inusual noche con sexo; la última que recuerdas, después sólo serían pretextos. Volviste una vez más y te retiraste por completo. Hubo, al menos, otras dos reuniones de las que ya no supiste nada. Ni la hora a la que regresó, dormido como estabas en la cama de tu pequeña.

Estacionaste el coche. La calle no es ancha, apenas pasa un vehículo entre los que están detenidos al borde de las aceras, a uno y otro lado. Bajaste con naturalidad, sabiendo que no hay nada más sospechoso que el sigilo. La sangre palpitando en tus sienes. Nada de la emoción de tus encargos, sólo rabia. Caminaste hasta la esquina, doblaste a la derecha, ciento dos pasos y la puerta. Sin portero. Fue sencillo abrirla.

Subiste por las escaleras hasta el vestíbulo del último piso. En la puerta del departamento de Dimitrio te sorprendió el sonido inconfundible de la televisión rasgando el silencio.

El timbre interrumpió el sonido pero no el reflejo azulado bajo la puerta. Diez, doce segundos, el ruido de unas pisadas. Te acomodaste fuera del campo de visión de la mirilla. Los cerrojos se liberaron. La sorpresa de Dimitrio apenas duró. Hizo una mueca, te cedió el paso. El departamento era diferente a como lo recordabas.

—Supuse que vendrías… en algún momento —te molestó el tono condescendiente, cansino.

Fue un buen anfitrión. Te ofreció un trago que rehusaste. Él se sirvió algún licor hasta el borde del vaso. Viéndote de pie no se atrevió a sentarse. Se limitó a acodarse en un mueble cantinero. El halo luminoso de la tele pintaba su piel. El sonido estaba en lo más bajo pero se percibía el susurro de la estática.

—Sabías que estaba casada, que era mi mujer —soltaste, incapaz de encontrar mejores palabras.

Dimitrio sonrió apenas. Dio un trago largo. Te miró buscando cierta complicidad.

—Tú sabes cómo es esto, una cosa lleva a la otra, uno no se niega cuando se le insinúan, no es nada personal —tomó un nuevo trago, tenía la actitud de quien habla con un amigo—. Ya le dije a Moni que lo mejor sería que abortara, así todos tan tranquilos y…

No lo dejaste terminar. El primer golpe hizo que tirara el vaso. Su confianza desapareció conforme el cristal se hacía añicos. No sabes si fue sustituida por la incredulidad o la resignación. Apenas duraron. Pronto apareció el dolor, la sangre, tu necesidad por golpear, por lastimar, por no dejar nada intacto. A cada impacto sentías su piel cediendo, sus huesos. Fue una andanada que no paró hasta varios minutos después de que Dimitrio muriera. Nunca habías matado a nadie a golpes. Como toda iniciación, te significó una catarsis pero contuviste el grito.

Antes de salir miraste el cadáver. La sangre salpicaba las paredes con goterones de un rojo exagerado, insolente. Ya no te quedaba rabia. Tan sólo un odio profundo y denso que no has sido capaz de conjurar.

El amanecer te sorprendió al subir al coche, rumbo al peor de los destinos.

… para triunfar

La noche los sorprende rumbo a La Noria. A diferencia de otras veces, el licenciado no se pregunta por qué la insistencia de llamar a estos poblados con nombres relativos al agua, toda vez que no la hay. Está sentado en la fila de atrás junto a Rebeca, riendo mientras repasan las fotos que se tomaron frente a las casas fracturadas. El camino es más corto que el de ida. Van en el sentido opuesto, donde se encuentra el hotel para hospedarse. Una lástima que ahí los aviones sólo lleguen un día a la semana, lo que les ahorraría de tiempo.

En cuanto bajan, el notario y el representante de la empresa se disculpan. Mucho cansancio acumulado y la jornada siguiente no será más corta. Entre risas, Rebeca acepta tomar un trago y cenar algo. Restaurante y bar son la misma cosa. Un salón deslucido con un par de sillones al fondo. El televisor retransmite un partido de beisbol añejo. Se conforman con las pocas opciones del menú. Rebeca tiene una risa franca, sencilla y sonsonete en la voz.

Al segundo trago el licenciado siente el peso de la secretaria cargado contra él. Pone su mano en la pierna, cubierta por jeans. Ella lo deja hacer, sonriendo. No es la modelo soñada ni será famosa pero pasa. Rebeca es guapa y, a todas luces, está disponible. Pronto se están besando con algo de recato. A ella le molestan los mirones, el mesero viejo, la penumbra que emite el televisor. Por eso no deja que el licenciado vaya más allá de sus piernas y su cintura. Cuando sube la mano lo frena en seco.

—No, aquí no —dice con un jadeo fingido.

Él no pregunta más. Se separa un poco, el sabor de su saliva tiene las reminiscencias de la cena. Alza la voz para llamar al mesero y le pide la cuenta. Entretienen el tiempo con más sonrisas, incómodos por la espera. El celular vibra a su costado. Lo saca de la funda. En la pantalla aparece el nombre de su novia. Rechaza la llamada y lo regresa al cinturón.

—¿Quién era? —pregunta tosca, la sonrisa aún en la cara.

—Nadie. Puede esperar —la impaciencia por la tardanza del mesero se suma a la voz más aguda que de costumbre.

El licenciado no siente culpa. Su novia es fruto de la costumbre, de la comodidad. Si ella no se entera nada tiene de malo. Si se entera, se acabó y ya está. El teléfono vibra de nuevo. Se sobresalta. Vuelve a tomarlo para encontrarse con el mismo nombre en la pantalla. La

rechaza de nuevo. Una sombra opaca la sonrisa de Rebeca.

Cuando por fin llega la cuenta, el teléfono ha sonado seis veces. Rebeca está seria. Ha insistido en que conteste, podría ser algo grave. El licenciado se niega porque no quiere edulcorar su voz frente a ella; sabe de los celos que puede provocar aunque apenas se conozcan. Sin embargo, contesta golpeado. Escucha.

—Te marco luego —interrumpe, cuelga y apaga el aparato.

Firma por el consumo. Su rostro relaja la mueca, la tensión en la quijada.

—Ahora sí, ¿nos vamos? —imposta la voz al levantarse, mientras le tiende la mano a la mujer.

—Yo creo que no —simula un bostezo—. Ya estoy cansada. A ver si otro día.

El licenciado aprieta los dientes pero no dice nada. La acompaña hasta el pasillo y se dirige a su cuarto. Cuando entra le marca a su novia.

—¿Qué era tan urgente? —alza la voz, el tono una octava más arriba.

Está caminando entre las dos camas, hacia el pasillo que conduce al baño. Escucha impaciente.

—Estaba ocupado.

Es una excusa inútil. Ella le reclama algo. Su falta de cortesía, que no hubiera avisado que estaba bien. Lo malos que son estos viajes para la relación. Él debería esforzarse, ser más cariñoso. A ver, qué trabajo le daba contestar. Nada más la angustiaba…

—¡Ya cállate! —suelta de golpe, la voz ya es un gañido, muy agudo —. ¿No ves que estoy muy presionado? ¡Nada más me estresas! Tengo un chingo de trabajo y además tengo que entretenerte. ¡No puedo decirte qué hago todo el tiempo!

Cuelga. ¿Quién se ha creído? Una cosa es que lleven casi cuatro años juntos y otra que se sienta su dueña. Ya se lo ha dicho. Pelean cada semana, cuando menos. Comienza a desvestirse. Los gritos forman una parte casi entrañable de su relación. Cuando está en calzones se mira al espejo, tensa los músculos, los observa complacido. Ya le llamará temprano. Cambia de postura. De lo que te perdiste, Rebequita, pero ya veremos mañana. Se acuesta y cae dormido de inmediato, con una sonrisa en los labios.

… para el desahucio

Un hombre viejo camina a la mitad de la carretera, acompañado por su nieto idiota.

No van por los laterales, por el acotamiento. Teme perder el rumbo y extraviarse en medio del desierto. Le dio mucho trabajo hacer que su nieto aprendiera: por la mitad del camino, siempre por la mitad del camino. Cuántas veces no encontró a Roni lejos, más allá de los límites del pueblo, andando con unos pasos desfasados pero a la mitad del camino. Por eso ahora siguen ese trazo serpenteante.

Si pudiera, el hombre viejo debería reconocer que la idea fue de su esposa. Ella tenía más fe en el muchacho que él. Tal vez porque ella se enamoró de inmediato del pequeño envuelto en una manta, porque supo que su vida no sería fácil, porque no puso reparos al nombre, porque miró con lástima el rostro amoratado de su hija, sabiendo, antes que ella misma, que terminaría dejándolo en sus manos. En sus manos y en las del hombre viejo que aprendió, refunfuñando, a querer al bebé, al niño y al muchacho que lo ha acompañado una buena parte de su vida. El mismo que le palmeó la espalda con una sonrisa cuando su mujer se dejó vencer, el que lo sigue despertando a diario, quien le sirve de apoyo para dar el paso siguiente.

Ya debe faltar menos.

El hombre viejo entorna los ojos, intentando descubrir en la oscuridad las razones de su camino. Tiene frío. Un ramalazo de angustia lo despabila: ¿y si Roni tiene frío? Se detiene. El muchacho lo recibe con una sonrisa. No pregunta. Para él todo es una aventura. El hombre viejo hace un considerable esfuerzo por mantenerse en pie sin ayuda, por quitarse el suéter de lana. Es tosco, abierto, con un cinturón del mismo material. Está decorado con grecas más oscuras, sueltos algunos de los cabos del estambre. Lo hizo su mujer, recuerda, al pedirle a Roni que se lo ponga. El muchacho emocionado no repara en que el viejo tirita.

El frío concede lucidez. El hombre recuerda las razones del periplo. Deben llegar a la oficina de correos. Nunca pusieron una en El Goterón. Cada mes le tocaba viajar hasta La Noria. A recoger el cheque de la jubilación. Apenas lo necesario para comer y eso que ya no está su esposa. Nunca iban a pie. La distancia es mucha y sus piernas débiles. Pero ahora tiene prisa. No puede esperar un camión que ignora si llegará. Debe ir a la oficina de correos para recoger su

cheque pero, sobre todo, para avisar que se muda de pueblo. No vaya a ser que se queden con su dinero. Dicen que en el nuevo pueblo habrá oficina de correos.

Es una idea que se le metió en la cabeza. Como aquella que lo acompaña hace tiempo: el cheque no es por su pensión. Es la ayuda que les manda el padre de Roni. Ya se ha peleado varias veces con el encargado del mostrador. Cuando le pidió le escribiera de vuelta a su yerno para pedirle un poco más, sólo un poco, con lo que le envía no alcanza. Se cansaron de explicarle que eso no era posible. Los acusó de conspiradores, a gritos, de rateros. Ahora toman su dictado y prometen enviar el mensaje. El hombre viejo no entiende por qué los cheques siguen llegando por la misma cantidad. Su yerno no es tan bueno como aparenta.

Así que deben llegar a La Noria.

El hombre viejo tiene frío. Mucho. Siente la textura de la lana bajo la mano, cubriendo el cuerpo de Roni. Se pregunta por qué su nieto se niega a devolverle el suéter.

… para claudicar

Hay esperanzas que no se desvanecen con la espera.

Has sabido ser paciente pero existen empresas que resultan ridículas. El chofer te informa que es la última parada. Sólo a ti, el resto de los pasajeros se fueron bajando en los otros pueblos. Apenas notas las decenas de casas idénticas, orientadas hacia el sur.

—Voy a El Goterón —dices con humildad, extendiéndole el billete. Se alcanza a leer la letra de la mujer, lo dice claro.

—Ese pueblo ya no existe más. Lo siento, amigo.

No discutes ni das explicaciones. Te limitas a preguntar el rumbo, la distancia.

—Le va a llevar varias horas.

—No tengo prisa —respondes volviéndote. Alcanzas a escuchar de nuevo que no hay nada que ver allá, a donde te diriges.

Compras una botella de agua, grande, algo para comer e inicias el camino. Quince kilómetros no son nada para quien ha buscado tanto. No apresuras los primeros pasos, no te dejas engañar por la prisa. El polvo se levanta apenas, de tan compacto. Intentas no pensar en nada, en nadie, pero el silencio se suma a los tres años de duelo acumulados en el ánimo. Tres años siguiéndole la pista al sujeto que esperas ver cuando se acabe el camino.

Perro Viejo.

No son muchas las cosas que sabes de él. Su apodo le pertenece desde joven, cuando venció en una pelea a su antiguo propietario. Apenas era un policía de bajo rango. Le quisieron jugar una novatada y él no lo permitió. No sólo eso, te contaron que cuando tuvo humillado al alto mando dijo, rodeado como estaba de muchos miembros de la corporación: A partir de ahora yo soy el único Perro Viejo. No tenía ni treinta años pero en la mirada se le veía una determinación que daba miedo. Dijo, agachando la cabeza, el anterior propietario del mote, un judicial en el retiro a quien encontraste en un ruinoso cuarto de azotea, el arrepentimiento palpitándole a cada instante, convencido, ya demasiado tarde, de que debió jugársela con todo para conservar el apodo.

Su carrera fue ascendente hasta donde lo permitió lo operativo. La política no era lo suyo y se sentía más a gusto usando la fuerza, amedrentando. Por eso nunca alcanzó los mandos superiores pero muchos le rindieron pleitesía. Corría el rumor de que, al entrar el

nuevo jefe de la Secretaría de Seguridad, se reunía con varios de los comandantes para ponerse a sus órdenes. Era una comida sobria que terminaba con regalos millonarios para quienes serían los encargados de que la gestión del nuevo jefe fuera satisfactoria. Perro Viejo era uno de ellos, quien mejores regalos obtenía.

Hace varios años recibiste la instrucción de matar a un judicial corrupto que había hecho trizas la tranquilidad de varias familias. Los deudos reunieron tu pago. Lo hiciste con eficacia: dos balas en el corazón. El encargo incluía un mensaje. Lo dejaste desnudo, acostado sobre su patrulla. Era compadre de Perro Viejo. No lo supiste en esa época, ni siquiera lo pensaste. Poco te preocupaban las venganzas. Tu idea de futuro las tenía bloqueadas.

Perro Viejo te investigó sin prisas. Es difícil precisar el momento en que se enteró de tu existencia. Mientras formabas una familia tu fama se redujo, saliste del espectro. Además, él tuvo sus propios problemas: entre cambios sexenales se presentaron desavenencias con el nuevo gobierno. Fue alertado de que lo perseguirían como al chivo expiatorio necesario, dio sus últimas dentelladas, tomó una cantidad ingente de dinero y escapó a la casa olvidada de sus abuelos, en El Goterón.

Antes de partir, la coincidencia le brindó un manjar no previsto. Chelo, uno de sus hombres incondicionales, le avisó que habías salido de casa. Quién sabe desde cuándo vigilaban. Averiguaste que en cualquier momento podrían haber entrado. El plan era terminar contigo. La huida de Perro Viejo casi lo hizo abortar la venganza. La llamada de Chelo fue el aviso de que podría irse con una salida más digna.

Las versiones se contradicen. Algunos te aseguraron que fue el propio Perro Viejo quien jaló el gatillo. Otros te juraron no saber. Ninguno se asumió como responsable aunque hubo quien señaló a otro. Sabes lo poco confiables que resultan los condenados a muerte.

Ya sólo falta Perro Viejo. Haces una pausa. La inmensidad está teñida de colores gualdos. Sientes el calor entrar por la suela de los tenis. Bebes agua. No mucha. La camisa se te pega contra el pecho. Intentas descubrir El Goterón a la distancia pero sólo se ve la tenue silueta del camino en medio del desierto. Ya aparecerá, concluyes, y reinicias la marcha.

Ya sólo falta Perro Viejo.

… para empacar

Irina hace un atado con sus últimas pertenencias. En total son tres los bultos. Sábanas viejas que hacen las veces de costal. Su vida se resume en esos tres bultos en los que cabe todo. Casi todo. Los papeles los lleva en una carpeta traslúcida, apenas un fólder o una mica que impide que se maltraten. Aparte también queda la urna. Es de cerámica, con flores pintadas a mano y la tapa sellada al recipiente.

Cuando murió su padre se dejó convencer por uno de los empleados de la funeraria. Es mejor cremarlo que darle entierro. Sale más barato, ya quedan pocos espacios en el panteón. Además, así podría conservar a su padre cerca. Irina accedió por las razones opuestas. Quería tener los restos de ese hombre al alcance de la mano, sobre una repisa de la cocina, junto a los frascos de arroz y frijoles, para recordarse todo el mal que le había hecho, todo el mal que ya no le podría hacer.

Aunque ya era demasiado tarde.

Irina sentía el peso de sus cuarenta años, sola, sin marido ni hijos. Todo lo evitó el viejo. Le basta con cerrar los ojos para que las escenas se multipliquen. En una él le está pegando a su madre. En otra se aparece borracho en la habitación de Irina. Apenas era una niña. Todo se repite. Una y otra vez hasta el cansancio. O hasta que el cansancio las hace ceder. Su madre no resistió muchos años. El viejo no sintió culpa. Al contrario, fue una suerte de liberación. Ahora su hija estaría para servirlo. La mudó a su cama y la hizo partícipe de los golpes. Así durante años.

Hasta que el viejo se murió. Desde entonces Irina sigue levantándose a media noche. La despiertan los ronquidos del difunto, el acedo sabor de su saliva, el olor traído desde las minas. Era incapaz de distinguir un antes y un después. Para ella las cosas continuaban siendo. Por eso no se casó, no tuvo hijos. Para apartarse de los hombres. Ningún bien podía llegar de ellos.

Aceptó que lo cremaran. Le dieron a escoger entre dos tipos de urnas. La floreada y otra más sobria, cuadrada, con la imagen de un santo al frente. Escogió la primera porque combinaba con los frascos de la cocina. Luego tuvo que esperar un par de meses. En La Noria no había crematorio. Tuvieron que trasladar el cuerpo, llevarlo hasta la capital. Los trámites se multiplicaron pero la funeraria se hizo cargo de todo. Cuando ya sólo sus pesadillas se lo recordaban, el empleado llegó y puso la urna entre sus manos. No se despidió ni le ofreció

consuelo.

Irina la sintió muy ligera. Nada comparado con el peso de su padre sobre ella, embistiéndola. Pensó que no podría estar ahí pero no había forma de saberlo. Se resignó a que fuera cierto.

Así han pasado varios años, con la urna en las repisas, luchando por olvidar que le echó a perder la vida. Así hasta ahora que la toma entre las manos. No la puede meter en los bultos, tampoco quiere llevarla en las manos. Tal vez por eso afloja la presión, por eso deja de tratarla como a un objeto sagrado.

Cuando pega contra el suelo ella se sobresalta. Es un ruido hueco, ahogado por el piso de tierra. No se rompe. Rueda unos cuantos metros. Irina la recoge sorprendida. La levanta y la vuelve a soltar. Nada. La tierra amortigua la caída. Tampoco se ha aflojado la tapa. ¿Y si ahí no estuviera su padre? ¿Si sólo le hubieran entregado un frasco lleno de tierra?

Irina poco sabe de motivaciones. Decide sin pensar, casi sin querer. De cualquier modo toma la urna con una mano y la arroja contra la pared. El sonido es diferente. Algo se ha roto. Una grieta recorre toda la superficie de la urna pero algo insiste en mantenerla unida. Vuelve a lanzarla. Tiene éxito. Se parte por la mitad. Irina mira cómo un pequeño río de cenizas brota del recipiente. Lo pisa para partirlo por completo. Apenas son unos cuantos puñados. Toma un poco entre los dedos. Se deshacen los pequeños grumos, le manchan la piel. Se lleva los dedos a la boca y los prueba.

Nada. Nada que le confirme que es su padre.

Escucha el camión de mudanzas estacionarse en la esquina. Toma sus tres bultos, su carpeta con papeles. Deja la urna en el piso y sale de la casa. Tal vez en el pueblo nuevo se terminen sus pesadillas.

… para triunfar

Una pequeña turba se aglutina fuera de la iglesia, cerrándole el paso al camión de mudanzas. El padre Nicolás está frente a ellos, ayuda a sostener la manta que, con caracteres irregulares, anuncia: “No nos iremos de la casa de Dios”. La letra es infantil, provoca cierta ternura.

El licenciado no puede evitar la breve carcajada: ¿qué no se supone que Dios está en todas partes?, dice en voz baja. No lo secunda Abundio y eso le molesta un poco, quién se cree ese pobre leguleyo local de la minera. Se detienen a unos cuantos metros. Los mudanceros descansan sobre la defensa del camión.

—¿Qué pasa aquí? —Abundio sólo se dirige al párroco.

—Dice mi comunidad que les pueden cambiar sus casas por otras pero no pueden mover la iglesia —contesta el padre Nicolás. A su lado asienten varios hombres armados con machetes.

El licenciado se da cuenta de la seriedad del asunto. Tienen un argumento que ni usando recovecos y argucias legales podrán vencer. Tampoco será con amenazas. Sobre todo porque tienen prisa. Él por regresar al ascenso prometido. La minera por hacer un agujero enorme en ese lugar. Ahora que lo piensa, el pueblo nuevo no tiene templo. Se les olvidó construirlo o no lo consideraron. A ver si tan ducho este representante de cuarta.

—Pero padre… —continúa condescendiente Abundio, acercándose — si ya habíamos hablado de esto —y su mano intenta asir el codo del ensotanado.

De inmediato los machetes se alzan, en una coreografía aprendida hace siglos. El padre los contiene con un gesto. Debe sentirse poderoso. El licenciado no se confía. Sabe que en cualquier momento esos fulanos se ponen locos. Más vale estar preparado para salir corriendo.

Abundio alza las manos, las palmas hacia el frente, mostrando que sus intenciones son pacíficas. Los machetes bajan. Cuelgan como el badajo de una campana a la que buscan hacer sonar.

—¿Podemos hablar… en privado?

El padre Nicolás mira en torno. Debe saber que su demostración de fuerza ha sido efectiva pero no resistirá demasiado. Al menos no sin que haya violencia. Y eso acarrearía muchos problemas. Alza la ceja pidiendo aprobación. Uno de los hombres más viejos, desarmado, asiente. Entrega la esquina de la manta y camina hacia el templo.

Abundio mira al licenciado como queriendo que se quede. Descubre que eso no es viable, no lo dejará en medio de todos esos hombres. Accede con una mueca.

Apenas es un salón grande, con sillas abatibles en lugar de reclinatorios. El altar sólo es un crucifijo, una mesa y la caja cerrada haciendo las veces de sagrario, descubre el licenciado. Los pasos no resuenan como en el resto de las iglesias, no hay ecos ni la solemnidad de un recinto sagrado. Toman tres sillas y se sientan.

—¿Qué está pasando, Nicolás? —la voz de Abundio ya no es dócil.

—No se quieren ir.

—Ya habíamos quedado. Te ibas a hacer cargo. Te dimos mucho dinero —la voz corre, exige y reclama.

El licenciado se sorprende. No estaba al tanto de esa negociación. Falta que a la hora de hacer cuentas le quieran cargar el muertito y él ni tajada obtuvo.

—Pues sí, pero la culpa es de ustedes. Se les olvidó poner un templo allá.

—Pero si esto no es una iglesia —suelta estridente el licenciado, deseando que su burla halle eco.

No lo consigue. Los dos hombres lo miran con seriedad, censurándolo. Su rostro se ensombrece. Calla y gira la vista, como demostrándoselo a sí mismo. Las estaciones del vía crucis están dibujadas en cartulinas.

—Se las construimos y ya. Todavía tenemos albañiles y material —ofrece Abundio.

—Pues no sé si vayan a querer.

—¡Pinche Nicolás! No me vayas a salir con que quieres más lana.

El licenciado se sobresalta. La cara del padre enrojece. Se le nota al borde del enojo. Cómo se atreve a hablarle así a un hombre de Dios. Con lo fácil que sería lincharlo.

—Pues sí… —titubea— …no es fácil convencer a esta gente. Ya ves, aseguran que no se irán a un lugar donde Dios no tenga una casa digna —con la sorna le vuelve la tranquilidad.

Abundio se levanta. Camina por el recinto. Se nota que sopesa sus posibilidades. Da la vuelta, se detiene detrás del cura. Toma sus hombros por la espalda. El licenciado juega con su encendedor.

—Vamos a construir otro templo y te voy a conseguir lo más que se pueda pero debes hacer que se vayan. Llevamos prisa.

—¿Y el mural? —responde el párroco, alegre, dirigiendo la vista a una de las paredes.

El licenciado voltea para toparse con una pintura casi infantil. Un intento por adaptar el fresco de la Capilla Sixtina. Contiene la risa con trabajo.

—¿Qué tiene tu mural?

—Mi grey dice que sin el mural nuestro templo no sería una iglesia —contesta en un tono solemne que se nota burlón.

Abundio aprieta los hombros de Nicolás.

—Pues funda otra religión y deja de estar chingando —concluye.

Suelta al padre, le sacude la sotana y camina hacia la puerta. El licenciado se incorpora, presto, se despide de mano y lo alcanza. Cuando salen, piensa en lo mucho que le gustaría tirar la puerta a hachazos.

… para crear un dogma

Enterrar a un hombre no es sencillo. Se requiere convicción, paciencia y un cierto grado de cinismo. El agujero apenas alcanza pero ya no puede continuar. Toma el cadáver de Salustio, la cara de sorpresa, las manos sobre el pecho, esa tranquilidad que emana desde antes de su último suspiro. Lo jala por los pies, sin el menor cuidado.

Lo único que le duele es la traición. Salustio siempre confió en él. Le dio su lugar aunque, las más de las veces, era el viejo quien daba los consejos. A fin de cuentas, él era quien mejor sabía convencer a los habitantes del pueblo. Si fue Salustio quien accedió a negociar con la minera. Por eso la sorpresa quedó atenazada en su rostro, porque toda la sabiduría no le alcanzó para comprender que el mal se disfraza de bien como un recurso pobre y sin convicción.

No le importa arrastrar el cuerpo. La camisa de manta se enrolla, sucia. También los bajos de los pantalones. La coleta grisácea deja una estela póstuma sobre la tierra. Le molesta el golpe. La gravedad llevando a Salustio al fondo del agujero. Al menos entró a la primera y no hubo necesidad de reacomodos.

La primera de las paladas lo sorprende por su simpleza. Acarrear la tierra de regreso significa poco trabajo. Comienza a la altura de los pies. Es difícil distinguir entre la piel de los huaraches y los dedos. Salustio desaparece poco a poco mientras los trinos de los pájaros anuncian la mañana. Palea más rápido, decidido. Las fuerzas salen ante la idea de la tarea terminada. No quiere que lo sorprenda el día. Bastará cubrir el cuerpo. Sólo eso. Si el agujero no fue profundo de poco vale apisonar. La esperanza estriba en que El Goterón se mude por completo antes de que algún animal rapiñe los restos.

Cuando está por cubrir la cara imagina al cadáver abriendo los ojos un instante anterior a la última palada, mientras la tierra ya vuela hacia ellos, en el momento justo del amanecer. Por fortuna esas cosas no pasan. ¿Fortuna o gracia divina, azar o coincidencia, movimiento celestial o designio supremo, aporía de la existencia o física? Da igual. Cada quien atribuye propiedades a los nombres sin reparar en que son una misma cosa.

Salustio no abrió los ojos. Salustio ha desaparecido.

El hombre se mira las manos. Tierra, sangre y sudor en una amalgama pastosa. Debe lavarse pronto para evitar las infecciones. Luego a soportar el dolor, como cuando era aprendiz de minero o

mucho peor: sus manos han probado en exceso el ensalmo de las cremas.

El padre Nicolás sacude su sotana y se la pone desde arriba. Su deseo por no encontrarse con nadie se transforma en una idea. Quizá ya sea tiempo de experimentar ese arrobo del que hablaban en el seminario.

… para claudicar

Hay aciertos disfrazados de errores y yerros cargados de nostalgia.

Saliste del departamento de Dimitrio al amanecer. Las manos ensangrentadas, la ropa con gotas de trayectoria carmesí y luego café, marrón, el líquido vuelto costra, la vida endureciéndose. No podías volver a casa de inmediato: resultaba impensable presentarte así frente a tu pequeña.

Manejaste hacia tu departamento con la inquietud de las primeras muertes. No era lujoso aunque la zona lo aparentara. Tampoco era uno sino dos comunicados entre sí, con salidas a diferentes calles de diferentes edificios. Todas las precauciones fueron pocas a la hora de comprarlos. Adentro, unos cuantos muebles y vituallas para resistir el encierro.

Te bañaste con agua muy caliente, la piel enrojecida, la única forma que conoces para desvanecer los humores del difunto. Lanzaste la ropa usada al incinerador y elegiste una muda casi igual a la que traías. El sillón de la sala era tentador. Un sueño con resabios de tormenta se colgaba de tu ánimo. Aguantaste. Sólo un café. Ver a tu pequeña antes de llevarla al colegio era suficiente motivo. Además, quedaba pendiente una conversación con Mónica.

El acierto fue pasar a tu guarida a eliminar cualquier viso de violencia. Desvincularte de la muerte de Dimitrio, ser otro. El error fue no llegar antes a casa. El cerco policial no era nada claro en torno a tu propiedad. Pero tus pálpitos bastaron para anunciar la desgracia. No permitieron que tu desesperación franqueara el jardín. Se necesitaron muchos brazos para contenerte. Un policía cayó noqueado. Otro vengó la afrenta con su macana. Tumefacto, subiste a la patrulla.

Durante el camino al ministerio público preguntaste un par de veces por lo sucedido. Ibas en el asiento trasero, tras un acrílico protector, las puertas no abrían desde adentro. Las esposas te molestaban poco, el ojo izquierdo casi cerrado. Los policías no contestaron. Tampoco lo hicieron al conducirte por el laberinto iluminado por focos titilantes camino a las celdas. Dejaste de preguntar cuando cerraron la puerta.

Dentro, una docena de presuntos delincuentes. Desde ebrios hasta ladrones de poca monta. Te sentaste en la esquina de una banca de concreto. Bastó tu mirada para no ser molestado. Las horas pasaron sin conciliar el sueño, negando cada una de las ideas que pasaban por

tu cabeza, intentando explicar lo sucedido, especulando en torno a ello.

Dos policías te escoltaron hasta el escritorio de un burócrata obeso. La camisa manchada con lamparones de grasa. Los dedos gordos llevando una torta a su boca. Fue hasta que acabó de comer que buscó en el escritorio. Sentado en una silla lo viste meterse una bola de tabaco junto a la encía. Sus dientes descascarados. Lanzó un primer esputo viscoso al cesto de basura.

—Se le acusa del homicidio doloso de la señora Mónica… —escuchaste el nombre completo, sus apellidos, los de tu pequeña, la voz metalizada, falsa— ¿cómo se declara?

Te hubiera gustado declararte culpable, confesar cada uno de tus crímenes, que te encerraran para apostar la vida contra cada uno de los internos del reclusorio pero te fue imposible articular palabra. El mundo había dejado de tener significado. Tampoco te abandonaste como hubieras querido. Un recadero llegó a prisa, entregando un papel al gordo. Lo leyó con calma y sonrió. Un nuevo gargajo fue a dar al basurero.

—¡Suéltenlo! —ordenó a los policías—. Fue un asunto de Perro Viejo. Le manda decir que ya están a mano.

Fue la primera vez que escuchaste el nombre. Te dejaste conducir a empellones hasta la salida. Una semana más tarde, cuando la realidad había recuperado sus colores y el dolor se había vuelto tangible, el gordo casi tuvo un infarto al encontrarte en la sala de su casa. Estabas demudado. Las ojeras no podían ocultar el odio. La barba de tantos días ensombreciendo aún más tu ánimo.

—¿Quién es Perro Viejo? —alcanzaste a decir, esperando que el sucio burócrata tuviera un arma y terminara contigo.

No fue así. Al cabo de unas horas su cadáver desbordaba el mismo sillón donde te había encontrado. Repetir el mecanismo de la muerte no te significó la catarsis que te regaló Dimitrio. Tampoco la ligera tortura alcanzó para quitarle peso a la idea de una bala alojada en el interior de tu pequeña.

De Perro Viejo apenas sabías algo.

… para entonar un canto

Ruperto convenció a Catalina de entrar a un concurso de canto. Había carteles pegados por doquier. Lo patrocinaba una televisora; algunos cantantes de renombre conformarían el jurado. El reto era permanecer varias semanas, gracias a los votos del público, cantando diferentes canciones. De ganar, grabaría discos, se haría famosa.

Viajaron hasta la capital del estado para las audiciones. Centenares hacían fila para entrar, avivados por la esperanza. La ilusión los rescataba de las horas largas, de las caras marchitas con que salían los rechazados. Cada uno que se iba era un rival menos contra quien competir, se decían entusiasmados, intentando acallar el miedo. Sólo uno de cada diez quedaba, a veces menos. El comité seleccionador no dudó a la hora de escuchar a Catalina. La siguiente cita sería un mes más tarde, en el centro del país.

No llegaron.

Debían trabajar para seguir viviendo. El palenque a reventar. Los primeros acordes y la voz templada, con matices coloridos, arrebataron a los presentes. Al acabar la canción pidió un vaso de agua. Una ligera tos, el hormigueo en la garganta. No era la primera vez que cantaba enferma. Dos melodías más tarde desafinó.

El público pareció no darse cuenta pero La Machacona supo que algo andaba mal. Hizo gala de su dominio escénico, dejaba que los espectadores cantaran los coros. Cambió el orden de las canciones.

Con un ademán detuvo a los músicos. Cantaría La Machacona antes de quedarse sin voz. Como siempre, bastaron los primeros versos para atemperar el ambiente. Avanzaba con trabajo, a trompicones, rasgándose la garganta. Por primera vez Ruperto sintió la piel erizada. Ella supo que no podría llegar al falsete. Lo cambió por un aullido grave, en el rango de lo siniestro. El público se prodigó como nunca antes. A ella ya no le alcanzó la voz para agradecer. Se limitó a la reverencia. Esa noche lloraron todos.

No puede cantar más.

El doctor le diagnosticó una infección bacteriana. El tratamiento era largo y costoso pero valía la pena. No funcionó. Los parásitos se habían apropiado de sus cuerdas vocales.

—Podemos detenerlos pero el daño está hecho —diagnóstico más claro, imposible.

Ruperto quiso otras opiniones, estudios. Catalina se dejó hacer a

sabiendas de que era inútil, lo sentía en el ánimo y la garganta. Él la abandonó una tarde cualquiera, dejándole lo necesario para sobrevivir un par de meses. El destino se apiadó. Alguien la había grabado durante sus presentaciones. Su único disco se sigue vendiendo. Ella recibe las regalías cada mes y aguanta, en la incertidumbre de no saber si habrá un nuevo depósito. Nunca ha escuchado el disco. No es de las que busca razones para atormentarse.

Si la enfermedad la hubiera respetado un par de años ahora sería una estrella decadente y no una desconocida. Le harían homenajes como a tantos que cayeron en desgracia, perdiendo la voz entre el vaho del alcohol y la pureza de las drogas. A ellos los siguen aclamando, compasivos. De ella apenas queda su nuevo nombre, el verdadero, con el que firmó al pie de las escrituras y en los costados de cada hoja.

Ahora debe cantar. Un mapa aguarda por su tache. Ignora cómo sacará la voz pero lo hará. De lo contrario, su apelativo también estará en duda.

… para construir un pueblo

Las casas son de una planta, espaciosas. Cada una sobre un terreno de casi cien metros cuadrados. Mucho más grandes que las viejas, en donde vivían, apenas unas estructuras levantadas por el tiempo y la pobreza: tablones, láminas, cartón corrugado, algunos ladrillos, adobe. Tienen tres recámaras, sala, comedor, cocina, dos baños, patio y un pequeño jardín al frente.

Repartieron folletos a todos los habitantes de El Goterón. En ellos, las casas están habitadas por familias prósperas, felices. Se habla de drenaje, agua corriente, electricidad y televisión de paga. Un pequeño juega con una pelota naranja en el jardín, el sol acentúa su sonrisa. Su madre lo mira por la ventana de la cocina, satisfecha. Sin importar el desierto, un enorme árbol atenúa el calor vespertino. Del otro lado del volante, características muy seductoras: tubería de cobre, muros de tabique de alta resistencia, condiciones estructurales que garantizan la construcción del segundo piso y hasta de un tercero.

Más tarde llegaron los trípticos. Se los entregaron al acabar su turno, contrastaba su colorido con las ropas sucias. Incluían la planta tipo, la distribución de los lotes y varias sugerencias de acomodo habitacional. Los publicistas evitaron poner el mapa. Era evidente la distancia del nuevo asentamiento respecto al lugar de trabajo. A cambio, ilustraron su oferta con un autobús muy moderno detenido en la calle principal mientras decenas de mineros hacían cola. Se les veía alegres y limpios.

Una vez generado el deseo, mandaron un último impreso. Hablaba de lo generosa que había sido la minera al aceptar los asentamientos irregulares en sus terrenos durante décadas. Ocultaba, en cambio, que algunos de los habitantes habían vivido en El Goterón mucho antes de que llegara la compañía e industrializara todo. Existen registros que hablan de los yacimientos desde el siglo XVI. Así que no mencionaron prescripciones legales ni el valor de la tierra. Al contrario, exacerbaron la tan mentada generosidad ofreciendo algo único en nuestros días: si aceptaban mudarse, si abandonaban sus predios en El Goterón, tendrían una casa nueva, de su propiedad, con los papeles en regla y, sobre todo, gratis. La minera se haría cargo de todos los gastos.

Al principio fueron sólo unos cuantos curiosos los que se dieron una vuelta por la oficina recién instalada. Dentro, dos maquetas: la

notificación escenificada en algo más cercano al paraíso tropical que a la desértica inclemencia; una casa sin techo, amueblada y con pequeñas figuras humanas. Ninguno parecía minero, por supuesto, sino empleados de una oficina aséptica. La promesa se cumplió. Quienes firmaron primero la promesa de desahucio, la cesión de su propiedad, escogieron la casa de su preferencia.

La indecisión se apoderó de las familias. Llegaba el hombre, la piel ennegrecida por el polvo y el subsuelo, tosca, el casco en una mano, agrietada, la mujer en la otra, vestida con sus mejores ropas. Veían la maqueta y se perdían en un silencio áspero, propio de las fantasías. Si llevaban hijos pequeños rompían el ensueño. Las voces se aglutinaban: mejor junto a la plaza, cerca de la iglesia, por donde están las tiendas, en el rumbo de la escuela, lejos del barullo, al lado de los compadres, con el sol de frente…

Las decisiones las precipitaba el hartazgo, la premura u otra familia con los ojos puestos sobre la misma casa. Unos pequeños taches indicaban los predios asignados. Al salir, algunas mujeres lloraron de contento, sin percatarse de que sus esposos se habían arrepentido incluso antes de firmar: ¿y si se habían equivocado al elegir? Ellos no se parecían a los de las fotos en los folletos. Mucho menos a las figuritas. ¿De dónde iban a salir los árboles?

Así que el deseo y la esperanza se amalgaman con un profundo desasosiego que durará varios años en los que el pueblo entero se preguntará si no habría sido mejor elegir otra casa pese a que todas son iguales y casi nadie ha conseguido habitarlas por completo. Cien metros cuadrados, tres recámaras, dos baños, son demasiado para quienes han vivido acostumbrados a láminas como techo y al clima colándose por las grietas de las paredes.

… para crear un dogma

El padre Nicolás oficia sin casulla. Se levantan unos cuantos rumores que se apagan en cuanto él inicia como de costumbre, aunque la impaciencia lo va ganando. Se le escucha atribulado. En el momento del sermón avisa que contará una historia:

Salustio me propuso ayer por la tarde dar una vuelta fuera de El Goterón. Acostumbrado como estaba a la espiritualidad del viejo, accedí sin dudarlo. No seguimos la carretera. Caminamos en silencio, contemplando el espectáculo del crepúsculo. Fui testigo de cómo las sombras, nuestras sombras, iban desapareciendo en la oscuridad. Confieso sin pudor que sentí algo de miedo al estar frente a esa negrura tan absoluta. Los sonidos de la noche no alcanzaban a ubicarme.

Fue cuando Salustio me habló de la ceguera. La religión que nos fue impuesta por los conquistadores nos había reducido a eso: un par de ciegos en medio de la nada. Caminando hacia ninguna parte. Incapaces de escuchar las señales del entorno. Sometidos a la dictadura de uno solo de nuestros sentidos. Peor aún: medrosos. Me dijo que la religión no debería servir para infundir miedo. Al contrario, se espera alegría o alivio cuando se trata de someternos a sus rituales. La experiencia de Dios debe ser venturosa.

Yo no sabía si me estaba reclamando o compartiendo su punto de vista. Si era sólo una manera diferente de ver las mismas cosas. Estaba de acuerdo con él pero no podía concederle la razón en todo. De hecho, estaba a punto de contraargumentar, de mostrarle que no todo es negativo, de hablarle de la noción del Paraíso y la dicha eterna.

En ese momento tuve una revelación. No estaba mal todo lo que había aprendido en el seminario, todo lo que he venido diciéndoles durante años. El error estribaba en ese punto de vista, en la postura. Quienes buscan el control son las jerarquías humanas, no las divinas. Entendí de golpe. Tendría que cambiar el culto profesado. Modificarlo. Volviéndolo a su origen de amor al prójimo y felicidad. ¿Qué dios perverso querría que sufriéramos en vida aunque fuera para premiarnos con la eternidad?

Las cosas eran demasiado simples: traer ese Paraíso a la Tierra, con nosotros, como sus habitantes.

Todo se iluminó. La noche desgarrada abrió paso a una cúpula de

luz que nos rodeó. Salustio mostraba la más absoluta serenidad. “Ya que lo has entendido, defiéndelo”. Su voz sonaba cavernosa. Su cuerpo comenzó a elevarse con liviandad. Dejé de sentir miedo. Le prometí que así lo haría mientras lo miraba ascender. Varias ráfagas de luz atravesaron su cuerpo hasta que perdió consistencia. Cuando sólo flotaba su recuerdo sufrí un desmayo. Al despertar supe que había presenciado un milagro.

El padre Nicolás calla. Se le nota exhausto. Como si la confesión lo hubiera vaciado de toda su energía. Las manos sobre la mesa, los hombros hacia el frente, la cabeza caída.

—Sé que muchos dudarán de mi palabra pero tengo pruebas —lo dice quedo, ronco, alzando la cara con lentitud.

Acto seguido el padre Nicolás abre los brazos y muestra las palmas ensangrentadas. Se acaba de tallar las manos contra la orilla del mueble. La imagen crea el prodigio de la credulidad. Una exclamación de pasmo llena el recinto. Alza la voz para hacerse escuchar.

—No les pido que dejen de creer. Al contrario, les pido que crean más, que Cristo se sacrificó por nosotros, por nuestra felicidad. Hagamos válido su sacrificio entregándonos a su gracia.

Hace una pausa. Evalúa el peso de sus palabras en las reacciones. Observa el cuchicheo, los gestos de asentimiento. Nada más fácil que convencer a los jodidos de que se puede ser feliz. Las palmas le escuecen. Exageró al tallarlas. Necesitará analgésicos. Un hilo de sangre corre por los antebrazos. Muchos se persignan, varios más se precipitan al piso. Cuando todos están hincados recupera la palabra en el más solemne de los tonos:

—Recemos por la partida de Salustio que ha decidido no estar más con nosotros —un manto de tristeza se asienta sobre los murmullos. La voz deja atrás a las tinieblas— y alegrémonos del privilegio que nos significó conocer al último de los grandes profetas. ¡Sí! ¡Salustio es el profeta que nos fue concedido! ¡Es nuestro profeta!

Una exclamación llena el recinto. Todos lo han comprendido. El padre Nicolás sabe que es producto de la euforia colectiva, de la necesidad por creer. Sabe que el entusiasmo vendrá a menos, que comenzarán las preguntas. Será entonces cuando inicie su verdadera labor. Los cultos religiosos son tan frágiles que requieren el refuerzo cotidiano de lo ritual. Ya habrá tiempo para ello. Por ahora se conforma con tenerlos a todos a sus pies.

… para mudar un pueblo

Se cuenta que del cielo de El Goterón es más probable que caiga una estrella a una gota de agua. Y sólo serviría para convocar al pueblo, reunirlo en el breve instante en que la tierra haga desaparecer la gota pero no el recuerdo.

Se cuenta que una vez hubo un hombre que acarreó cubetas con agua por el valle, cubriéndolas con tapas de cazuelas para evitar la evaporación. Llegó al centro de la plaza, clavó una rama a mitad de una grieta y vació el agua de golpe. El lodo duró apenas unos minutos. Su consistencia viscosa desapareció antes de que alguien pudiera palparla, extenderla entre los dedos. De la rama tampoco queda recuerdo. Sólo persistió la mancha. Una gota enorme a la mitad de la plaza. Una mancha que bautizó al pueblo antes de que nacieran sus habitantes actuales. Los que están por emprender la retirada.

Se cuenta, porque los rumores pasan de voz en voz, se agrandan hasta volverse inaudibles en su estrépito, que muchos se rehusaron a mudarse. Nadie podría sacarlos de la tierra de sus ancestros. De poco valieron las amenazas, ellos volarían con El Goterón si lo dinamitaban para buscar metal brilloso. No fue necesario tanto.

Se cuenta que a los rebeldes los visitó un hombre, armado, dicen unos, con las cuencas de los ojos vacías, sostienen otros. El traje negro, la camioneta o las espuelas. La capa de mala calidad barriendo el suelo, las dos hebillas de su cinturón. Es lo que se cuenta porque nadie alcanzó a verlo. Siempre aparecía de noche, el sombrero calado hasta el fondo.

Se cuenta que algo decía este hombre, o la forma en que lo decía, o el murmullo ronco, sin amenazas, o la manera en que se movían sus labios. Bastaba con extender la mano, con palmear la espalda, con escrutar el contenido de sus ojos, para aceptar el trato. Quienes lo recibían eran los primeros en firmar el contrato al amanecer. Lo que fuera con tal de no vivir en el mismo sitio que este hombre.

Se cuenta que llegaron los camiones. Algunos venían de la capital y no se espantaron por las trescientas ocho casas: ya habían mudado corporativos enteros en un fin de semana. Lo que nunca habían hecho era mudar personas. No pudieron convencer a los habitantes de etiquetar los bultos, de ponerles sus nombres. Ellos no estaban dispuestos a abandonar sus pertenencias. Ya habían perdido toda su historia como para correr el riesgo. Los viajes tuvieron que

multiplicarse.

Se cuenta que una hilera de camiones de mudanza se resignó a ser alojamiento temporal mientras recorría los dieciséis kilómetros que separaban la mancha con forma de gota de la plaza inmaculada. Ya habrá quien la marque para nombrar al nuevo pueblo.

Se cuenta que los camiones escupieron familias enteras como se paren plagas a punto de dispersarse. Cada una con las manos ocupadas, apretando con la fuerza de la negación los bultos insumisos.

Se cuenta que llegaron a sus casas, a sus nuevas casas.

Se cuenta, con la emoción de lo trascendente.

Se cuenta.

… para claudicar

El Goterón es apenas un remedo de sí mismo.

Te provoca suspicacia la falta de ruido cuando por fin lo ves a la distancia. Los espejismos han desaparecido, los pies pican, una hilera de hormigas gigantes se desplaza a tu lado. Las primeras casas corroboran la sospecha. No sólo están deshabitadas sino parcialmente derruidas. Las puertas fuera de los marcos, los vidrios rotos. El crepúsculo es un murmullo sordo en medio de la nada. Al menos Chelo no mintió.

Entras a la tercera casa a la izquierda. El alumbrado no sirve y te sientes cansado. No te sorprende la ausencia de muebles, de un trapo que sirva de cortina. Apenas unos cuantos vestigios de que estuvo habitada. Hace poco, muy poco. Quizá no hayas llegado tarde. Una gota golpeando la tarja es una buena señal. Bebes directo del grifo. El agua salobre, con un ligero regusto metálico. Te acuestas boca arriba, con la mochila como almohada, recargado contra una de las esquinas de la habitación. Duermes un sueño repleto de fantasmas.

Te despierta el zumbido incómodo del teléfono. Aunque sueles estar alerta, tardas varios segundos en entender dónde te encuentras, mucho más en tomar el aparato. Ha dejado de vibrar. Apenas un par de rayitas indicando lo poco que hay de señal. Estiras los músculos. Identificas cada palmo de dolor. El cuello y los hombros son los peores. El teléfono interrumpe de nuevo. No precisas concentrarte en el tono ambarino de la pantalla para saber que es Camila; quién más podría hablarte. Contestas desganado.

—¿Dónde estás? —pregunta pronto, evitando los prolegómenos. Hace tiempo descubrió que no tenía sentido saludarte con entusiasmo, mucho menos dar rodeos.

—En El Goterón, llegué anoche —son más datos de los acostumbrados. Quizá la modorra hable por ti. El silencio al otro lado de la línea te empuja—. No lo he encontrado. Saldré a buscarlo.

No cuentas más. Cualquiera habría mencionado el incidente en el autobús, el pueblo vacío, el cansancio.

—Cuídate —los deseos de Camila contrastan con tu ánimo pero algo en el tono de su voz remueve ciertas fibras, reactiva el deseo.

Asientes con un murmullo.

—¿Puedo ir a buscarte? —tras una larga pausa de nuevo su voz.

La pregunta no es ingenua, concluyes, habiendo disipado los

espectros del sueño. Ella sabe lo que haces aquí, sabe demasiado: que ésta es la última escala en tu viaje para poder abandonarte a la tristeza, por ejemplo.

—No, no tiene caso —respondes y cuelgas de inmediato. No vaya a ser que te convenza.

Para deshacerte de su imagen, de sus labios tersos, del regusto salado de su piel, reinicias la rutina. Frente al lavabo cuelga un fragmento de espejo. Abres el estuche para tomar la navaja. La cargas contigo no por el atavismo del hombre rudo, si prefieres rasurarte con rastrillo. Lo haces porque fue el único regalo que te hizo tu pequeña. Al menos, en el pleno ejercicio de su voluntad.

Caminaban viendo vitrinas en un centro comercial. El entusiasmo corría a su cargo. La dejabas hacer. Corrías tras ella a la menor provocación, jugando a que era más rápida que tú. Le dabas alcance en un ataque de cosquillas. Compraste todo lo que te pidió. En una pausa para reacomodar las bolsas, el globo y el helado, descansaron frente a una tienda de tabaco. Al centro del escaparate, la navaja en su estuche. La viste con un viso de melancolía: nunca tuviste un padre que te enseñara a afeitarte. Tal vez la nostalgia por lo ajeno se active frente a minucias.

—¿Qué ves, papi? —su voz de nuevo rescatándote.

Señalaste la navaja. Una sonrisa apareció en su cara. Hay ideas que no pueden ocultarse.

—¿Quieres que te la regale?

Entraron a la tienda. Pagaste. La temporada navideña en todo su esplendor. Tu pequeña eligió el moño. Más tarde te la entregó junto con una tarjeta. En ella, el precario dibujo que los retrataba juntos. Desde entonces sólo te rasuras con ella.

Después de lanzar el chorro tibio al excusado afilas la hoja. No es lunes pero bien podrías necesitarla. Conforme recorres la superficie de tu rostro, una idea se queda fija en tu interior: te arreglas para resultarle más atractivo a Camila, para que su caricia encuentre una piel menos tosca. A diferencia de otras veces, no luchas contra ella. Ya es demasiado tarde para arrepentimientos. Tampoco te preocupa la cortada en la parte inferior de la barba.

… para triunfar

El licenciado alza un tarro de cerveza y lo choca contra el de Abundio. Están en el único lugar destinado a la diversión en este pueblo que se acaba, deshilachado en papeles notariales. Un billar que se mudará a cuatro casas contiguas. Él mismo se encargó de negociarlo. Al final cedió la cuarta casa a cambio de algunos miles de pesos y ser tratado como rey en el agónico negocio. Hasta donde sabe, no lo reinstalarán en el nuevo pueblo. Elías esperará a que se revalúen los terrenos y venderá más caro. A quién, en su sano juicio, podría interesarle vivir en un sitio como el que se construye.

Al licenciado le da igual lo que los habitantes de El Goterón hagan de sus vidas siempre y cuando se larguen de aquí. Pronto. La idea de prolongar su estancia le va calando. No extraña a su novia. Regresar al trabajo tampoco le resulta atractivo. Hay algo reverencial en el trato que le dispensan en este sitio. Si busca regresar es porque sabe que nunca conseguirá fortuna aquí. Tampoco a la hermosa mujer que espera en sueños.

Abundio pega con el taco contra la mesa para indicarle que es su turno. No son buenos jugadores pero es una forma de entretener el ocio. El licenciado se inclina. Alinea la mirada entre su taco, la bola blanca y la cuatro. Le toca meter las lisas. El tiro es sencillo. Acierta. Alza la vista para pavonearse un poco pero nadie presta atención.

Una sombra acaba de adquirir corporeidad mientras traspasa las puertas batientes. No es muy alto, tampoco delgado. Tiene una complexión maciza. El licenciado le calcula unos cincuenta años, quizá un poco más. Aunque tiene la piel oscura se nota que no es de aquí; si lo fue ha dejado de serlo. Hay algo en la forma en que mira, con los ojos entrecerrados, que desgarra el ambiente. El licenciado se para derecho, con los hombros hacia atrás. No se dejará intimidar por el desconocido. Por si las dudas, se queda con el taco entre las manos.

Pregunta por Abundio, por el propio licenciado. Elías los señala sin necesidad. Camina hacia ellos. Los separa la mesa revestida con fieltro luido. Los observa de arriba abajo, un palillo entre los dientes, uno de ellos de oro.

—¿Ustedes son los encargados de que este pueblo se vaya a la mierda? —suelta sin ganas mientras escoge un taco de la pared. Lo balancea, hace una mueca pero lo conserva entre las manos.

El licenciado quiere responderle en el mismo tono pero Abundio se

anticipa con una tímida afirmación.

—¿Puedo? —apenas alza la ceja para señalar el juego. A sabiendas de que su pregunta es innecesaria. Se le nota que puede. Lo que sea.

Se inclina un poco y hace un tiro difícil, embocando la bola siete en la buchaca más lejana. La blanca regresa al mismo sitio, acomodándose para el siguiente golpe. Aunque el tiro es llamativo, el licenciado quiere reclamar pero algo en el gesto resignado de Elías lo detiene.

—¿Y cuándo se supone que me vaya? —está recorriendo un flanco de la mesa, buscando una mejor perspectiva.

—En cuanto escrituremos su nueva casa. ¿Quién es usted? —lanza de golpe el licenciado, para que se note quién es la autoridad.

—A la mierda la escrituración. ¿Para qué voy a irme a otro pinche pueblo? Nomás díganme cuándo me tengo que largar.

La bola blanca golpea la cinco, luego la tres. Ambas entran en las troneras del fondo, en uno de los lados cortos de la mesa. El licenciado interrumpe a Abundio:

—Cuanto antes.

El hombre alza la vista. Sonríe. El diente de oro brilla más. El licenciado siente un escalofrío que le hace mover los hombros.

—Que cuanto antes no sea sino hasta el próximo miércoles. ¿Estamos?

Tampoco espera confirmación. El licenciado quiere decirle que no, que él no se quedará hasta entonces pero ahora es Abundio quien se anticipa.

—Estamos.

La última de las bolas lisas entra con lentitud. El alivio se percibe de inmediato.

—Qué gusto poder entendernos —y luego, mirando al licenciado a punto de reclamar—. Estése tranquilo, si ya ganó el juego —mete la mano en su bolsillo. Saca un rollo de billetes y lo lanza sobre la mesa —. Por sus servicios.

—¿Y ése quién es? —pregunta el licenciado mientras se abalanza hacia el dinero. Son dólares. Bastantes. Como para quedarse hasta la fecha indicada. Su euforia es tanta que apenas registra la respuesta.

—Perro Viejo.

… para claudicar

Camila te hizo olvidar a Mónica, no la venganza.

Las cosas se dieron de forma natural. Al menos eso creíste al encontrarla frente a la casa. Ya no vivías ahí, por supuesto. De hecho, eras incapaz de abrir la puerta. Te imaginabas el humor acedo de la muerte rezumando por cada resquicio. No entrabas, pero ibas cada tanto a intentarlo. Caminabas hasta la cerca exterior, encendías un cigarro y te acodabas sobre ella. Podías pasar horas sin moverte.

Unas pisadas acercándose te sacaron del trance. Era Camila pero no se parecía a la amiga sensual de Mónica, tampoco a la doliente del cementerio. Había dejado atrás las faldas cortas y entalladas; la formalidad solemne de los funerales. No dijo palabra. Se limitó a tomarte de la mano y jalar un poco. Tomaron café varias tardes seguidas. Resultó que sabía más de ti que tu propia esposa.

Hija de un importante empresario, Camila tenía recursos de sobra para indagar y tedio suficiente. Primero lo hizo impulsada por una genuina preocupación por su amiga. No averiguó demasiado. La falta de interés le hizo olvidarte. Además eras un buen esposo y mejor padre. Reinició su investigación tras despedirse en el funeral. Algo en el tono de tus palabras, en su consistencia, despertó su curiosidad.

—Sé que eres un asesino —soltó sin más, mientras acomodaba la taza de café en la mesita al lado tuyo.

Fue la primera vez que fuiste a su casa. También la primera que durmieron juntos, desfogando el dolor en un aullido unísono.

Los encuentros se repitieron aislados. Llegó a reclamarte el que no pudieras olvidar a Mónica, necesitada como estaba de certezas. Cuando descubrió que la causa de tu melancolía era tu pequeña no le quedó más remedio que ceder.

—Está bien, véngate, mata a cada uno de esos desgraciados, pero cuando lo hagas sólo serás mío —soltó una noche de golpe, antes de mostrarte lo que un piercing en la lengua era capaz de hacer.

Tus deseos se volvieron ambivalentes. Seguías a la espera del arrebato póstumo de la tristeza al tiempo en que buscabas ceder, vaciarte de tal forma que pudieras cumplir con lo que Camila te pedía.

—Véngate —concluyó al entregarte la navaja de la pequeña.

Ella sí se atrevió a entrar a la casa.

… para el desahucio

Un hombre viejo camina en medio de la carretera, tiritando.

Los dientes castañetean, la sonrisa se conserva en el rostro del nieto idiota. A cada paso se pregunta qué está haciendo aquí, si podría estar cobijado, en su cama, intentando olvidar que es un anciano.

Eso es lo que más le preocupa. Desde que murió su esposa duerme sueños agitados que terminan en insomnio. La vida se le escurre. Está viejo, cansado, enfermo. El cuerpo ya no le responde como antes. Es una certeza que le arrebata la tranquilidad. Sabe que sus días están contados y no ha sido capaz de contestar la gran pregunta, el motivo de sus desvelos: ¿qué va a ser de Roni cuando las fuerzas por fin lo abandonen?

Lo ha considerado todo pero por más que intenta convencerse sabe que será incapaz de envenenarlo, de darle los somníferos. Ni siquiera sabe si son suficientes. Roni no merece la vida que lleva. Nadie la merece. Pero él no es Dios para quitársela. Entonces llega de nuevo la angustia. Ni siquiera le ha preparado una despedida. Lo despertó a mitad de la noche, el cuerpo encogido por el frío y una clara consigna: ir a la oficina de correos. Para pedir dinero y para pedir ayuda.

En la mano lleva apretado un papelito.

Es un hombre viejo, desconfiado. Incluso de sí mismo. No puede meter el cacho de hoja en el bolsillo. Podría perderlo. Prefiere que sude entre sus dedos, tiesos, torcidos. Ahí lleva la dirección de su hija.

Su mujer siempre pensó que volvería. Hasta platicó con ella en el lecho de su muerte. Alucinaba. Le confesó al viejo que tenía sus señales, la dirección de la casa donde trabajaba. Gastó su último aliento en contarle que tenía otros dos niños. Normales. Luego le dio el papelito. La letra gruesa, basta. El viejo no alcanzó a preguntarle cómo lo sabía. Olvidó el encargo de escribirle. Estaba enojado, mucho. Por qué tenía que ser él quien resistiera.

Ya no más. El anciano sabe que todo acabará pronto. Muy pronto. Por eso la prisa, la salida a media noche. Para llegar al alba, dictar un telegrama urgente. Aguantar. Ojalá le alcance la vida para reunir a Roni con su madre.

Ojalá.

El rapto de lucidez le hace apretar el paso, desvencijado. Ya no hay tiempo para conjeturas: Roni merece seguir vivo. De nuevo: él nunca se atrevería. Tampoco sabe si las pastillas son suficientes. Que su

madre se haga cargo, es la consigna que se repite al arrastrar la pierna. Le duele el hueso mal soldado, el implante de mala calidad en la cadera. Siente frío y está bien. Mientras sus dientes castañeteen seguirá vivo.

La esperanza se presenta como un rumor. El hombre viejo voltea. Alcanza a ver un par de luces rumbo a ellos.

Quizá puedan llegar.

… para crear un dogma

Si al menos pudiera hacer un milagro. Uno verdadero. Ya han perdido su efecto esos testimonios reveladores de los que juran haber visto a Salustio bajando de los cielos. Los primeros fueron pagados pero comenzaron a multiplicarse por doquier, incluso como imágenes que eran manchas de humedad o restos de café en una taza.

Conforme más va creciendo el fanatismo de sus fieles, más descreído se vuelve Nicolás.

Aun así necesita un milagro.

Se ha enterado de que existen unos cuantos apóstatas de su doctrina. Se reúnen en casa de La Machacona, una de las más alejadas del pueblo nuevo para continuar con el viejo culto. Como si no fuera suficiente muestra de renovación el que ya vivan en un sitio mejor, limpio y nuevo. Además, ha descubierto el verdadero poder de la fe. Cuando las personas en verdad se abandonan a sus creencias, éstas operan la paradoja de volverse reales. Creer en un dios justo y castigador provoca miedo. El miedo frena, impide, apacigua y frustra. Es el gran acierto de la Iglesia, dejar a todos en un estado de pasividad conformista, timorata. Creer, en cambio, en un dios que anhela la felicidad, los vuelve más alegres, aunque sus vidas sigan siendo miserables. Un mero cambio de perspectiva, otra forma de ver las cosas.

Algo que no entienden los que se reúnen en casa de La Machacona. No están de acuerdo con el cambio. Mucho menos con la idea de que Salustio sea un profeta ascendido a los cielos. Si lo piensa con calma, Nicolás debe reconocer lo burdo de sus mentiras. Su historia es inverosímil por donde la vea. El acierto fue montarla sobre otra que tampoco resulta creíble. Veinte siglos de mentiras respaldan ese matiz. Fundar una religión es plausible; lo insensato sería fundarla de la nada. Por eso no se dejará vencer. Mucho menos por una mujer sin voz.

De nuevo una iluminación. A veces se pregunta si no debería creer en lo que él mismo dice. Hablará con La Machacona. Es el milagro que necesita. Camina presuroso hasta su casa. Le abre la puerta una mujer finita, con rasgos muy marcados, guapa. Hay algo muy atractivo que se esconde bajo su aparente insignificancia. La Machacona lo invita a pasar, le ofrece con palabras ahogadas un café. Nicolás no puede apartar la vista del cuerpo armónico, de esa presencia diminuta que se

basta para llenarlo todo.

—Me llamo Catalina —lo rescata cuando él está por mencionar su alias. Hay algo en él que la aplaca, por eso lo escucha un tanto sumisa.

—Ven al templo —le dice pausado—. No te prometo que será fácil ni que será pronto pero, si crees, si tu fe es verdadera, recuperarás tu voz. Es algo que tu religión no te puede ofrecer… Catalina.

Ella asiente. Aunque a Nicolás le gustaría prolongar la visita, lo trabajoso del diálogo es un obstáculo insalvable. Ya tendrá tiempo para eliminar las barreras entre ellos. En una de esas puede abolir el voto de castidad: ¿cómo se puede ser feliz sin una mujer al lado? Eso ya será después. Primero debe concentrarse en el milagro. Sabe que es improbable que se produzca. La clave está en generar tensión, en mostrar cómo hasta su mayor detractora se ha unido al nuevo culto. Si el milagro no se produce será por su falta de fe. A fin de cuentas, tampoco se produjo profesando la vieja religión.

Se despide de ella en el umbral. Debe medir apenas metro y medio. Catalina le tiende la mano. Nicolás la toma y se acerca para un beso en la mejilla. Ella se sorprende y se lo da sin ganas, ruborizada. Nicolás la retiene un instante, luego parte con un olor floral a cuestas. Serán dos los milagros que requiera pero ya se ha dado cuenta de que, para él, no existen imposibles.

… para hacer negocios

El comerciante descansa su mal humor recargado contra su camioneta. Alguna vez fue blanca, ahora la pintura está corroída, las puertas rechinan, una defensa se inclina hacia abajo. Ha llegado tarde. De El Goterón apenas quedan escombros, ruinas, recuerdos. Y él lo sabía. Pero insistió en esperar a que las botas estuvieran listas. Cuatro docenas para otros tantos mineros. Atadas por sus agujetas en pares relucientes. Para lo que les va a durar el brillo. Las mandó hacer especiales, con una delgada lámina en la puntera en lugar de la consabida placa de hierro termoformado. Así salen más baratas, pensó sin imaginar la roca que caería sobre un pie. El metal se colapsaría, amputando los dedos. Pero el dolor ajeno no le corresponde. Debe mantener a muchos hijos dispersos por doquier. De milagro no tiene uno cerca de estas tierras.

Ojalá no le salgan mal los cálculos. Un ramalazo de angustia lo obliga a caminar. ¿Y si el nuevo pueblo tiene más comerciantes? ¿Y si alguien lleva botas a mejor precio? Hasta ahora había sido el único en incluir a El Goterón en sus recorridos. Trescientas casas no daban para más. Entre la gasolina y las quejas de la camioneta apenas costea. Encima todos son pobres. Por eso sólo él se acerca. Los conoce. Además de las botas una máquina de coser, telas, hilos, medicamentos, ollas y cucharas. Guarda un centenar de tenedores que no quisieron comprar. Ellos piden y al siguiente mes les lleva sus encargos. El pago siempre en efectivo, nunca por adelantado. ¿Cómo asegurar ahora que, junto con las casas nuevas, no les regalaron también botas? Desea apresurarse, recorrer los pocos kilómetros que lo separan del nuevo destino pero debe esperar a que su camioneta se enfríe. Por eso la angustia crece, para recordarle sus fallos.

Incluso está dispuesto a enmendar la tardanza. Sabe que no lo esperarán en la plaza. Ignora si hay una plaza. Tendrá que colgarse las botas al cuello, sobre los hombros, soportar la abrasión de las agujetas, ir averiguando dónde vive cada uno de sus clientes. Más le valdría iniciar en otro sitio. Al menos ahí ya lo conocen y confían en él.

Un espejismo se acerca con la figura de un hombre. El aire que lo separa de la visión se retuerce en líneas onduladas. El comerciante no se mueve. Sabe que no puede escapar de los demonios del desierto. Tampoco se tira al drama. El final llega para todos y si es así, sin

testigos, en medio de la nada, no está tan mal. Se resigna. La angustia da paso al miedo; el miedo al alivio. No es un espectro aunque lo parece: la piel transparente, el olor podrido.

—Pensé que ya no vendrías —la voz cascada, los ojos hundidos, las fuerzas justas para la frase.

—¿Por qué no se ha ido? —el comerciante pregunta con extrañeza. Busca una respuesta que justifique la presencia de don Romero.

Don Romero no es tan viejo como parece. El cáncer ha podido más que él, que sus manos grandes, que su cuerpo recio. Cuando supo que no tendría cura juntó meses de ahorros y le encargó al comerciante toda la morfina que pudiera conseguir. Se lo dijo sin aspavientos, con la misma voz dolida pero mirándolo de frente.

—Aquí nací y aquí voy a morir.

No necesita más explicaciones. El comerciante abre la puerta trasera del vehículo. Busca en los estantes. Las botas colgando a media altura lo perturban. Necesita venderlas. Cada uno de sus hijos pide cosas. El mayor ha entrado al bachillerato técnico. Por fin da con la caja. Una veintena de ampolletas, otras tantas jeringas. La saca con cuidado y se la ofrece al hombre sin futuro. La mirada se carga de tristeza al ver el contenido. Cada dosis corresponde a un momento. La vida se extingue. Al menos le quedará la compañía de esas inyecciones.

Don Romero le entrega los billetes. Se da la vuelta. La caja en brazos. No se despide. Los pasos lentos. El comerciante se alegra. Cuenta el dinero. No todo está perdido. Arranca la camioneta y parte rápido, sin esperar a que se enfríe por completo. No quiere correr riesgos, no quiere seguir ahí cuando el dolor le haga saber a don Romero que no compró morfina. Es el dolor de un moribundo a cambio de las necesidades de un padre. Lo único importante ahora es llegar al pueblo nuevo y vender las botas. Con suerte, pasará mucho tiempo antes de que alguien pierda los dedos por su culpa.

… para triunfar

El licenciado se desnuda primero. No espera a recuperar el mood perdido entre los pasillos, de camino a la habitación. Aún no ha aprendido el arte de las pausas, sus sutilezas. Lo que le importa es terminar pronto, el placer fácil. Por eso se quita la camisa de inmediato. Por eso y porque quiere que Rebeca admire su cuerpo trabajado en el gimnasio. Así que dilata unos segundos la aproximación, retarda el abrazo, la nueva reunión de las lenguas.

Cuando él termina está sobre ella. No hubo juego sexual, tampoco pasión. Ella pregunta, insatisfecha, buscando retenerlo. El licenciado no responde, se levanta. Su cuerpo sudado le gusta aún más frente al espejo. No le interesa la imagen que Rebeca le regala. Si se detuviera a observarla descubriría que es guapa, que está bastante buena, que la falta de ropa le hace justicia. No lo hace. Hay quienes no reparan en el manjar ya consumido; hacerlo les implica gula, falsa glotonería. Se desprende del condón, aliviado. Ya descargó y sólo le queda esperar por el sueño. Duda un instante. No sabe cómo pedirle que se vaya. No quiere ser cruel pero es una secretaria, pueblerina. No esperará pasar la noche con él, supone.

Para su fortuna ella comienza a vestirse. Él camina hacia el servibar. Sigue desnudo, exhibiéndose. Toma una botellita con ron blanco. Desenrosca la tapa. Ofrece un trago a Rebeca. Ella se niega. Él apura la botella. Es demasiado fuerte. La deja sobre la cómoda.

—Quizá mañana —ofrece, generoso.

Ella lo mira con incredulidad. Sólo se ha puesto el brasier, los calzones pequeños. Niega con la cabeza.

—¿Tienes novia? —la pregunta suena ingenua, sin dobles intenciones.

El licenciado asiente dubitativo. No quiere una escena, que le hablen de fidelidad. Si no lo niega es para evitar que se ilusione. No vaya a pensar otra cosa.

—Tienes suerte —Rebeca se enfunda los pantalones. Sus piernas son firmes y carnosas, le cuesta un poco de trabajo.

El vientre plano. Desaparece cuando se pone la blusa. Busca un arete. El licenciado se impacienta ante el silencio: ¿hay alguna razón por la que deba ser él el afortunado y no su novia?

—¿Por qué la pregunta? —destapa una botella de agua mineral para quitarse el sabor del ron.

—Sólo quería saber —él vuelve a mirarse al espejo, la desespera, titubea—. No sé si tienes suerte o ella se conforma con cualquier cosa.

Una alerta. Debe ser despecho. Suena a agresión.

—¿Suerte?

—Claro. No entiendo por qué alguien se acostaría contigo más de una vez.

Al licenciado no le queda claro si es juego o una crítica verdadera. Se vuelve a ver a Rebeca haciendo un ademán caduco, como diciéndole pues mira, cómo es que no entiendes, al tiempo que exhibe su cuerpo. Ella se levanta de inmediato, se acomoda el arete. Se para frente a él, seductora. Recorre uno de sus hombros con un dedo. Siente la fuerza de los brazos, la amplitud de la espalda. El licenciado se deja hacer. Una segunda ronda no estaría nada mal. Su sexo se hincha con lentitud. Ella se lo toma con fuerza, desde atrás. Lo lastima.

—De nada te valen este cuerpecito ni este paquetito si no los sabes usar —concluye.

Aprieta un poco más. Una lágrima se le escapa al licenciado.

Rebeca sale. El dolor le impide elaborar un pretexto que lo convenza de su superioridad. Se tiende en la cama. Duerme hecho un ovillo, soñando con complacer a su mujer soñada. Por momentos, adquiere el rostro de Rebeca.

… para claudicar

El Goterón es un pueblo muerto, descascarado.

Sales de la casa sólo para encontrarte con varias iguales: las puertas arrancadas, las ventanas rotas, el daño reciente. La luz del día cambia el panorama pero sigue siendo el mismo. Caminas hasta una esquina. El nombre de una tienda, los anaqueles en el piso. Hacia la derecha, al fondo del pueblo, una camioneta blanca representa el único indicio de actividad. Llevas en la boca el gusto ferroso del agua.

Tocas a la puerta, aprovechando que la hay. La camioneta es nueva, con placas de otro estado. Golpeas un poco más fuerte. Te abre un hombre joven, casi adolescente. Su cuerpo trabajado en rutinas de ejercicio, una camisa entallada, el sueño colgándole en los párpados. Se nota que no es de aquí. No se intimida ni sorprende. Al contrario, deja caer un poco su desprecio.

—Buen día —tu tono es pulcro, educado.

Apenas asiente. No te invita a pasar, no pregunta qué haces aquí. Con el brazo clausura la puerta.

—¿Qué se te ofrece? —dice con prisa, quizá hartazgo.

—Busco la casa de Perro Viejo —tus palabras un bálsamo y una alerta.

Se pone nervioso. Te mira con suspicacia.

—Ya no queda nadie en el pueblo. Se mudaron. A dieciséis kilómetros —contesta atropellado—. La minera movió al pueblo entero.

—No importa. Dime cuál es su casa. Luego me iré —la última frase es una promesa con la que negocias. Es evidente que no te quiere cerca.

—La última de esa calle —y señala a lo lejos— es la más grande de todas. No hay pierde.

Agradeces. Rehúsa tu ayuda. Se le ve más nervioso cuando respondes afirmativamente: sí, irás para allá de inmediato. Da la media vuelta para entrar a la casa y cerrar la puerta, sin despedirse. Esperas unos segundos, sólo eso. Compruebas que la navaja está en la bolsa de tu pantalón e inicias la marcha.

Apenas te has alejado un centenar de metros cuando escuchas la portezuela del vehículo, el motor. Pasa a tu lado sin detenerse, acelerando a fondo. Alcanzas a percibir su semblante demudado, el miedo. Si no fuera porque sientes cada vez más cerca la conclusión de

tu historia, te habrías hecho varias preguntas. Ahora no serán sus respuestas las que te arrebaten el ánimo.

El sol agrieta las fachadas de caliche. Al fondo, una casa, más grande. No mucho. En la bolsa, una promesa.

… para entonar una canción

Pueblo Nuevo no le gusta. Las cosas son lindas pero no le gustan. Tampoco las calles pavimentadas ni el alumbrado público. Y eso que reconoce que los postes son los más bonitos de entre las ciudades que ha visitado. Algo le falta a este lugar. Sus habitantes caminan con la cabeza gacha, ya no se oyen las voces y los gritos del mercado, el andamiaje de su identidad. Es como si todos hubieran perdido la voz, víctimas del mismo mal instalado en la garganta.

Catalina camina hasta la plaza. Hasta a los pájaros les da trabajo volar entre los árboles; los plantaron ya crecidos, pronto se marchitarán. Tampoco le agrada que las tiendas estén pegadas. No se puede chismear a gusto, de todo se enteran. Además los paseos se acortan y sobra tiempo. No puede ser nada bueno. Camina hasta la iglesia. Busca consuelo aunque nunca ha sido devota. Si acaso va a las fiestas patronales, a las misas de difuntos, de fin de año, durante la Semana Mayor. Sólo eso pero debería bastar. No cree en poderes superiores sino en el espíritu comunitario. Algo que les permite andar juntos, saberse cercanos.

La voz del padre Nicolás retumba en las paredes. Catalina se ha sentado en la hilera del fondo. Escucha como no lo había hecho antes. Primero son palabras normales, luego frases extrañas. No dicen lo acostumbrado. Por último, la imagen del cura desencajado, haciendo ademanes excesivos, invitando a ser feliz. Algo no cuadra.

A Catalina le parece inconcebible el tono del sermón. No estamos en este mundo para ser felices sino para sufrir, bien lo sabemos. Como ejemplo se basta ella. ¿Acaso el padre sabe cómo puede estar contenta sin Ruperto y sin voz? ¿Acaso lo sabe? No puede permitir que un cura enloquecido le robe la esperanza. Si ha sufrido tanto y se ha resignado se debe a que está convencida de la existencia del más allá. Cuando muera rendirá cuentas para que le sea concedida la felicidad eterna. Ella no está dispuesta a cambiarla por una alegría corta.

Su enojo se acrecienta porque no puede levantar la voz. Es incapaz de ponerle un alto a ese párroco endiablado. Sale con los puños engarrotados para toparse con la queja de Cuquita, el asentimiento de Chelito y el llanto de Remedios. Tampoco creen que esté bien lo que sucede ahí dentro pero sus maridos están felices con la doctrina renovada. Además, si el padre lo dice debe ser cierto. Catalina no tiene marido y el clérigo le importa poco. Ofrece su casa para

preservar el viejo culto. Se reunirán a la hora de las misas. No habrá quien oficie pero estar juntas será el primer paso.

Durante las siguientes semanas la casa de La Machacona recibe fieles antiguos. Llegan a la veintena con los problemas que implica acomodarlos. La euforia inicial se evapora. Sin nadie que oficie las creencias se tambalean. Lo único que se le ocurre es modificar la doctrina, permitir que ellos mismos se ordenen como sacerdotes pero eso equivaldría a cambiar el credo y están ahí, reunidos, justo porque desean lo contrario.

Catalina escribe lento, cuidando el trazo de cada letra. Compró papel y pluma. La carta va dirigida a la parroquia de La Noria. El párroco de allá sabrá qué hacer. Revisa las palabras, las va copiando. Las letras son muy redondas. Se detiene antes de firmar. Su nombre completo no le dice nada, su apodo le parece inapropiado. Firma a nombre del grupo de fieles en busca de recuperar la fe. La carta sobre la mesa, en su sobre, es la promesa de un pasado. El mismo en que bastaba con abrir la boca para ahogar con su voz cualquier plegaria. Un pasado que necesita de vuelta.

Unos toquidos firmes la sacan de su embeleso. En la puerta, el padre Nicolás la saluda sonriendo.

… para crear un dogma

El cumpleaños de Salustio es el pretexto ideal para unas nuevas fiestas patronales. Haberse subordinado a la figura más emblemática de El Goterón ha dado frutos. Así no se puede decir que haya formado un culto basado en su persona. Nicolás ha preparado el evento con cuidado. Uno de los principales problemas de la fe son las contradicciones en que incurre. Por eso no se puede dar el lujo de que la fiesta termine en bacanal. Para evitarlo, los festejos cerrarán con un breve concierto. El coro ha preparado varias canciones que combinan lo espiritual con la alegría. Son bastante pegajosas.

—Y, al final, cuando hayan acabado, te subes a la tarima y cantas.

La propuesta rompe el encanto. Nicolás visita a Catalina casi a diario. Ella lo recibe de buenas mientras él le cuenta sus planes de futuro. Es una buena práctica. El fin de semana incorpora lo dicho en esa sala de muebles suaves en su sermón.

Un gañido sale de su garganta. También niega con la cabeza. Su voz apenas alcanza para juntar un par de sílabas. Ella no subirá a la tarima, de ningún modo.

El llanto de los impotentes va acompañado de espasmos. Nicolás aprovecha para sentarse a su lado. Pasa un brazo por sus hombros mientras le susurra palabras reconfortantes. Toma su cara y enjuga un par de gotas con los dedos.

—Debes hacerle honor a tu nombre, tú no eres de las que se rinde.

Los ojos de Catalina se abren aún más. Niega con la cabeza. Sí, sí es de las que se rinde. Si ella es quien más desea cantar pero no puede. Nicolás la mira con mayor intensidad.

—¡No, no lo eres! ¡No puedes decirme eso! ¿Sabes por qué?

La cara de la mujer inmóvil, sostenida por las dos manos del hombre. La textura de la piel es suave. Sus lágrimas contribuyen a mostrarla indefensa. La negativa sale con claridad de su boca; cada tanto una palabra logra que las cuerdas vocales vibren en el tono correcto.

—Porque yo no puedo enamorarme de alguien que se rinde.

Catalina cede, sonriendo. Se monta sobre él para besarlo. Nicolás la recibe ansioso. Quién dice que no se siguen aprendiendo cosas en la vida. Cuando despierta lo sorprende la imagen de un cuerpo menudo a su lado. Lleva tiempo despierta, se le nota. Haciendo un esfuerzo visible le anuncia.

—Cantaré el domingo.

Nicolás concluye que para producir un milagro basta con tener fe.

… para la espera

Guido espera sentado a la puerta de su casa. Sabe que no debería llamarla así, que nunca más será suya, pero la costumbre le permite esas digresiones, esos pequeños equívocos. Espera mientras el resto del pueblo, sus conocidos todos, empacan sus pocas pertenencias. Está sentado en la misma posición en que lo estuvo hace apenas un par de meses, cuando murió su madre: el cuerpo echado hacia delante, la mirada alternando entre el cielo y la tierra, preguntándose cómo sería vivir otra vida, con los zapatos raspando el piso, una vida sin nada que perder, en la que él pudiera ser niño para siempre.

Ahora Guido espera a su padre. Las palabras repitiéndose una tras otra: "Voy para allá. No sé cuánto tarde". El zumbido de la línea telefónica. El llanto que supo contener al avisarle que mamá había muerto. A Guido le gusta imaginar a su papá como un hombre importante. De ésos que manejan enormes camiones del otro lado. Cada que iba a verlos le llevaba regalos, se encerraba con su mamá y la hacía gritar. Cuando salían juntos del cuarto los dos iban felices. Papá ya no tendría con quién encerrarse cuando llegara.

El dinero no le alcanzaría. Ni con el giro que recogió tembloroso en la oficina de La Noria. Por eso comenzó a hacer mandados. Los de la minera pagaban bien por un refresco o unas papas. Sólo el licenciado más joven apenas le daba propina. El resto era jugar un poco, hacerse a la idea de que no estaba solo. Pero sus amigos pronto lo dejaron. Debían empacar, tener todo listo para cuando llegaran las camionetas. Decidió hacer lo mismo. En una bolsa de lona metió su ropa, la de su mamá, una cazuela. En otra un relicario, los cubiertos, una foto con los tres juntos. Nada más. No sabía qué hacer con los colchones, la escoba, la mesa y las sillas.

Tomó las dos bolsas y se sentó frente a la puerta. Desde ahí ha visto pasar las primeras camionetas, el camión grande, a los que avanzan a pie cargando maletas. No pasan enfrente de su casa sino por una calle lateral. Escucha los murmullos de los pasos arrastrándose. Se contiene para no salir corriendo, con sus dos bolsas, a alcanzar a quienes parten.

No tendría caso. Ellos van a una casa nueva, limpiecita, a estrenarla. Eso han estado haciendo los de la minera. Uno entrega su casa y le dan otra. Él no pudo. Cuando quiso entregarla el licenciado se burló a carcajadas. Le dijo que necesitaban a su padre, no a un recadero,

menos a un niño. Como no aceptaron tomarla tampoco le dieron otra. Por eso no se suma a la caravana. Por eso mira al cielo y a la tierra, repitiendo la frase de su padre y preguntándose cuánto es lo que se tarda uno en llegar al lugar donde más lo necesitan.

… para claudicar

Se dejan pistas cuando no se teme a quien las busca.

A Chelo lo atrapaste cuando salía del antro. En sus ojos el inconfundible impacto de la cocaína. Desarmarlo fue sencillo. El filo de la navaja lo convenció de entrar a la parte posterior de la camioneta. Era el último eslabón, el único que podría señalar el paradero de su jefe.

—Está en El Goterón, en la casa de su abuelo. Te está esperando —dijo sin necesidad de amenazas ni tortura.

No había miedo en su expresión. Quienes hacen del sufrimiento su modo de vida saben que les llegará el turno. No fue así con los otros, prosélitos serviles. Algunos hasta te suplicaron cuando no amenazaban. Hubo quien intentó chantajearte con la idea de su familia. Enfureciste. Pero el odio no se disipa a fuerza de ejercerlo. Por eso te frustran las palabras de Chelo, su confesión sin ambages, el cinismo de sus palabras.

—Apúrate, parece que el pueblo va a desaparecer —chasqueó la boca.

Su carcajada coincide con el tajo en la garganta. Al día siguiente, una nota en el periódico atribuirá el ajusticiamiento a sicarios pagados por el narco. Hablará de tortura, de mutilaciones. Todo lo necesario para generar más odio del que existe. Más allá del tajo, tú no lo tocaste. El miedo subsiste debido a su parafernalia y, gracias a ella, sabes que muchas personas leerán con beneplácito la noticia.

Camila se acercó con lentitud hasta la puerta del baño. Apenas cubierta por una bata. Desnudo, lavabas la sangre de la hoja. Su abrazo fue el recordatorio de que estabas cerca. Estaban, si hacías caso a las propuestas de futuro en sus palabras. Tal vez, sólo tal vez, cuando regresaras de ese pueblo perdido a la mitad de la nada, podrías esconder tu cara en su vientre, abrir las compuertas y llorar, por primera y única vez, el luto que te carcome desde entonces. Eso, si la venganza no te dejaba tan vacío que la tristeza ocupara de golpe el resto de tu interior.

La besaste profundo, con ganas y sin remordimientos.

… para triunfar

Guido entra corriendo a la oficina. No lo voltean a ver ni le prestan demasiada atención, acostumbrados como están al niño. Se acerca hasta el licenciado que lee el periódico, ya faltan muy pocas casas por escriturar.

—Le mandan esto —le tiende una tarjeta y desaparece corriendo, sin esperar propina.

El licenciado observa la letra clara, de caracteres afilados: “Tengo un negocio que proponerle. Pásese por la noche. Solo.” La firma no deja lugar a dudas: PV.

Deciden terminar la jornada temprano. Las casas que quedan pendientes son de personas que no se presentaron. Algunas llevan años deshabitadas. El notario da fe de ello, levanta un acta y sale con la consigna de recabar la firma del gobernador. Si algún día vuelven a reclamar todo estará en regla. Abundio propone celebrar en La Noria. Abraza a Rebeca que se deja hacer, incluso le da un beso mientras mira al licenciado. Él aprovecha el pavoneo de la mujer para negarse. Pretexta confundiendo las palabras. Pide que se adelanten y le dejen un vehículo. Ya los alcanzará más tarde.

—Es peligroso, ya sabes, en la carretera no hay luces ni reflejantes —insiste sin convicción Abundio.

—Conozco bien el camino —el tono es seco, molesto.

—Déjalo, ya está grandecito, sabe bien lo que hace —remata la mujer, con sorna.

Abundio alza los hombros. Rodea la cintura de Rebeca y se alejan. El licenciado busca borrar el contoneo de sus nalgas. Supone que ella se fue con el encargado de la empresa por despecho. Ni que fuera mejor que él en la cama. Ganas de joder.

Cuando ya no se escucha el siseo de los vehículos, el licenciado sale. Enciende un cigarro y camina hasta la camioneta. Está en un pueblo deshabitado. Quedan unos cuantos fantasmas. El deterioro ya hace mella en las construcciones. En un par de semanas lo dinamitarán. Por suerte el cementerio está en La Noria. Sólo de pensar en el papeleo que implican las inhumaciones siente náuseas. Pero no todos se han ido. Queda Perro Viejo. Esperándolo.

El frío atraviesa su chamarra en cuanto baja del coche. Camina decidido hasta la casa y toca el timbre. Lo recibe el destello de un diente de oro, palmadas en la espalda, una copa bien servida. Las

primeras caladas del puro lo hacen toser.

—No le des el golpe, lic. ¿Qué te crees que son esas mierdas que fumas?

Se reclina en el sillón. Siente el shock gustativo que le brinda el coñac espeso, el humo recorriendo los intersticios de su boca. Bien podría vivir así, supone mientras Perro Viejo le cuenta una historia. Le habla sobre un trabajo abandonado, su huida, el refugio en la propiedad de su abuelo. Estaría loco si pensara en firmar una nueva escritura. Sobre todo, si lo hiciera con su nombre. Por eso se negó. Ya tiene a dónde ir. Las cosas se han calmado aunque conserve algunos enemigos. Es probable que pronto llegue uno de ellos pero no están ahí para platicar de esas cosas.

A lo largo de su vida Perro Viejo consiguió mucho dinero, más del que el licenciado puede imaginar. Está dividido en cuentas con otros nombres, en otros países. También hay mucho efectivo. La mayor parte en su nuevo escondite, para los gastos del día. Sólo le queda esa maleta.

—Ándele, vaya a verla.

El licenciado se levanta sin ganas, está muy cómodo. Es una mochila deportiva. Similar a la que él usa para ir al gimnasio. Descorre el cierre para toparse con fajos de dólares apretados. Una pequeña fortuna. Las manos le tiemblan cuando la cierra. Se le nota cuando apura el resto de la copa. Unas gotas salpican su camisa. Perro Viejo se carcajea.

—Supe que eras ambicioso desde que te vi. Si quieres te la puedo regalar —algo molesto se asoma en su tono.

El licenciado mira a Perro Viejo. Los ojos entrecerrados, mirando con suspicacia. Deja el puro en el cenicero y saca un cigarro que enciende de milagro. Reconoce que está ante uno de esos momentos en que cambia la vida. Dos, tres caladas, continuas y profundas.

—¿Qué debo hacer?

—Empinarte nomás.

… para entonar una canción

Nicolás dejó de ser cura para convertirse en hombre completando así el último de los sacramentos.

Si algo sabe Catalina es descifrar la mirada de los hombres. Tantas veces parada en la tarima le dieron ese don. Los que no sucumbían a la tristeza de su canto eran incapaces de apartar los ojos de su cuerpo frágil. Pocos se atrevían a algo más que una insinuación. Los hombres son cobardes. Incluso los de aspecto rudo, manos callosas y voz grave. Sólo unos cuantos se le acercaban. Ofrecían dinero, representación, conocer los secretos del sexo como ella no los había probado. No había cortejo. Sólo propuestas. El que ella fuera cantante les hacía creer que era presa fácil. Aprendió a capotearlos sin miramientos. Hizo de la negativa un exordio.

Por eso no sabe qué hacer. Por eso y por la mirada de Nicolás que intenta huir cuando ella la descubre sobre sí misma. No propone, no arriesga un primer paso. Pero sus palabras fluyen, son capaces de construir un mundo sobre las ruinas en donde viven. Saca frases de una chistera inaudita. Ofrece la salvación y la felicidad. Sólo eso. No da un paso más, se queda al borde del abismo sin tender puentes. Cuando Catalina tiene la cara a unos centímetros de la suya se aparta con una sonrisa. Simula desinterés pero se le notan las ansias, la ponzoña del deseo.

Así que es ella quien se arriesga. La tarde es escandalosa en su luminiscencia. Corpúsculos de polvo suspendidos entre ellos.

—¿Nunca has estado con una mujer? ¿Verdad? —las dos preguntas, su redundancia, salen apenas de sus labios. No hay claridad pero tampoco duda.

Nicolás niega con la cabeza. Se larga en un discurso sobre la castidad, sus votos, lo aprendido en el seminario. Es palabrería vacua, de otra época. Aprendida para conjurar las tentaciones. Catalina lo interrumpe con una mano.

—Pero eso era antes. Ahora debes ser feliz —dice con trabajo. El hilo de voz casi no le alcanza.

Nicolás calla. Los dos callan. Se miran de frente y ella se precipita hacia el beso. Él apenas se mueve. Su inexperiencia es tan evidente que resulta excitante. Pronto Catalina está a horcajadas sobre él. Las manos del cura quietas, empujando el sillón. Ella se desabotona la blusa, le ofrece sus pechos a la altura de la cara. Nicolás tarda

demasiado en poner su mano sobre uno de ellos. El tacto es suave, lento. Catalina se inclina hacia atrás. Lo deja explorar lo desconocido.

Se levanta para conducirlo a su cuarto. La cama ordenada, una ligera fragancia de especias. Lo desnuda de pie, mirándolo con detenimiento. Luego se tira sobre el colchón, para que sea él quien le quite la ropa. Apenas lo hace se tira sobre ella. Cada embestida se acompaña de un jadeo. Algunas gotas de sudor caen desde su frente. No la besa pero ella puede percibir el aliento fresco, apenas ensombrecido por el té que dejaron a medias. Una gota más cae sobre su sien izquierda. Termina pronto, con urgencia. Se tiende a su lado. No necesita abrazarla.

Catalina siente algo parecido al pudor. Quisiera vestirse pronto pero se mantiene quieta. Gira para acariciar el pecho de Nicolás. Ya nunca será un cura aunque le falta mucho para volverse un hombre. Ella está dispuesta a esperar. A acompañarlo en la transformación. A recibirlo dentro. A revelarle algunos secretos. No es Ruperto ni lo será nunca. No hará acrobacias con su cuerpo ligero pero algo le dice que vale la pena intentarlo.

Nicolás quiere decir algo pero ella lo detiene con un beso, casto, apenas un roce de labios. Él se viste con torpeza, intentando ocultar su miembro lánguido. Catalina sonríe. Se despiden en la puerta con un apretón de manos. La luz sigue siendo excesiva. Entrecierra los ojos y lo pierde a la distancia. Ella recoge las tazas y se pregunta cuánto tardará en volver.

… para claudicar

Nunca consideraste la posibilidad de que fuera él quien te matara.

Por eso caminas resuelto, sin desvíos. No tiene caso ocultarse. Tampoco contar los pasos, el retorno no te ocupa. Tu único acompañante es un viento seco, cálido, que arde en los ojos. Dejas de sentir el calor, la tela pegada al cuerpo, la humedad en las axilas. Tus pasos responden a un automatismo.

Llegas hasta la puerta. Descuelgas la mochila de tu hombro, la acomodas en uno de los escalones de la entrada. Apenas empujas y la hoja se abre. Sacas la navaja del bolsillo, abriéndola. Te recibe un olor floral y más silencio. Denso, impropio de quien se esconde. Nadie en la sala, tampoco en la cocina. Trastos sin lavar evidencian que no es tarde. Aquí sí hay muebles. También una escalera rumbo al segundo piso.

Aunque podría ser una trampa, tu temor es que Perro Viejo haya partido. Primero hay un baño, después un pasillo. En la primera habitación varias maletas, algunos billetes tirados sobre el piso. Un gemido te alerta. Al fondo otra recámara, mucho más grande. El corazón se desboca. El mango de la navaja comienza a hacer daño. Los clósets vaciados con prisa. Una televisión moderna con la pantalla rota.

Tras la puerta del baño el gemido se repite.

La empujas con cautela. La imagen te frena de golpe. En la tina está Perro Viejo. El agua teñida con su sangre. Una herida en el pecho. Apenas respira, sin ritmo. La eternidad se fragua. Tu mano cae por el peso de la navaja, a tu costado. Perro Viejo gime antes de abrir los ojos. Las fuerzas alcanzan lo justo.

—Llegas tarde —es un estertor que se vuelve sonrisa.

Muere sin que puedas evitarlo. Alguien te ha robado la venganza.

Tu cuerpo desciende recargado contra la pared. Acabas sentado sobre el mármol frío. La navaja en tu regazo, abierta.

El cadáver conserva la mueca áspera de la burla.

Lloras.

Por la muerte de tu pequeña.

… para fundar un credo

Creer en Dios no basta.

El padre Nicolás respira profundo. La voz se ha corrido. Nuevos miembros se suman a su grey. Algunos han llegado desde La Noria. Se respira el tufo del escepticismo entusiasta, esa urgencia por ser convencido de algo que trasciende la actitud del que no cree en nada. Quienes han recorrido tantos kilómetros para escuchar sus palabras tienen convicciones frágiles. Se les nota en la forma en que se toman las manos, en ese breve destello de esperanza anidado en sus pupilas. Por eso el tono de su voz. Sumar fieles es lo más importante, lo único. Ha dejado la frase suspendida, para conseguir el efecto. La repite. Improvisa.

Creer en Dios no basta. El Ser Supremo es inasible.

Todos hemos visto a las hormigas caminando en hilera, acarreando hojas hacia el nido. Algunas recorren distancias asombrosas, dispuestas a cualquier sacrificio. Creen en Dios. En su dios. En algún dios oculto en el hormiguero. Piensen en ese dios. El más comunitario de todos. Para una hormiga su reina es su dios. Cada una de las larvas para las que acarrean comida es su dios. Van y vienen. Incansables. O eso es lo que parece. Un buen día caen muertas por la fatiga. Sus compañeras tomarán sus cuerpos y los llevarán al nido. Se volverán alimento. Ésa es su idea de inmortalidad. Estar dentro de un ciclo eterno que se repetirá hasta su total exterminio.

Las palabras caen hondo. El padre Nicolás nota los murmullos, la incomodidad. Algo necesario para convertir a quien duda. Nunca antes se había hablado de las creencias de los insectos en esa iglesia. Está bien. Se siente inspirado. Como si una iluminación lo guiara mientras esquiva sus propias contradicciones. Nadie se dará cuenta, piensa antes de alzar la voz, de engolarla.

A las hormigas nadie les prometió la vida eterna y están muy cerca de ella. Creen en lo que hacen y aun así resulta insuficiente. ¿Quién de nosotros quisiera la vida de una hormiga? ¿Quién? ¡Nadie! Porque la eternidad es un tormento para quienes sólo viven en la rutina. El dios de las hormigas es perverso. Se basa en el azar. A algunas, pocas, les

toca en suerte ser las reinas pero la gran mayoría sólo trabaja, cumple con un cometido ancestral. El mismo que nos han vendido por siglos. Dios no puede desear que sólo nos portemos bien a cambio de esa eternidad.

La pausa le sirve para constatar que ya no hay murmuraciones pero es evidente la incomodidad. Se pregunta si no se habrá excedido pero no tiene tiempo para responderse. Debe aprovechar la tensión, los rostros atentos.

Preguntémonos ahora si ese dios al que veneran las hormigas no es sino un falso profeta. La reina se aprovecha de sus súbditos sólo porque le tocó en turno parirlos. Es madre, reina y dios. Demasiado poder para un simple individuo. El origen mismo y también su fin. Su superioridad sólo es biológica.

Pero hay seres superiores a esa reina. ¡Piensen bien! Alguno se les ocurrirá. Nosotros mismos somos superiores. Podemos arrasar con todo el hormiguero sin mucho esfuerzo. Tomar a la reina con dos dedos y reventarla con apenas una mínima fracción de nuestra fuerza. Para ese pequeño insecto, para esa hormiga con alas, somos un dios demasiado poderoso e incognoscible.

Imaginen que ella lo sabe. Más aún, que todas las hormigas reconocen nuestra superioridad y nos aceptan como dioses. La reina las ha convencido de trabajar para rendirnos culto. Es su forma de rezar. Creen en nosotros y recolectan las mejores hojas. Hacen su trabajo sin dudarlo porque están convencidas de que, cuando mueran, nos apiadaremos de sus almas y las llevaremos a un mejor lugar. Ahí todas serán reinas tras haber expiado sus culpas. Un ejército de obreras las alimentará por siempre mientras viven felices copulando.

El padre nota ciertas muecas. Quizá haya ido demasiado lejos. Es tarde para arrepentirse. Ha llevado la alegoría al terreno de lo divino desde muchas perspectivas. Espera poder cerrar sin perder feligreses, sin que nadie note los huecos, el sincretismo.

¿Y nosotros? ¿Quién puede asegurar que le importan las plegarias de las hormigas? ¡Nadie! Cuando no nos estorban ni siquiera reparamos en ellas. Y si una hilera de fieles ataca nuestra comida hacemos lo posible por aniquilarlas. De nada nos vale su devoción.

¡Creer en Dios no basta!

No le basta a las hormigas ni nos basta a nosotros porque no nos aporta nada.

El murmullo se levanta unánime. El padre lo acalla con una mano.

Se siente inspirado, poseedor de una verdad a punto de ser revelada.

¡Creer en Dios no basta! ¡Es necesario conocerlo! Sólo así podremos hacer un pacto con él. ¿De qué sirven nuestros rezos y nuestra abnegación si cualquier día Dios nos abandona o nos extermina? ¿Quién nos dice que no lo ha hecho ya?

Miedo. La indignación se ha vuelto temor. Es el estado ideal para quien predica. El miedo es el mejor combustible de la devoción. Es hora de atraer a esas almas timoratas hacia el nuevo credo.

No estoy aquí para decirles que he hablado con Dios ni que he pactado con él. Yo no quiero engañarlos como lo han hecho otros. Yo mismo participé durante años de ese engaño y contribuí a que fuera posible. Lo seguiría haciendo de no ser por Salustio. Él fue un verdadero iluminado que me mostró el camino.

Voces de asentimiento. El padre Nicolás reconoce en ellas el triunfo. Tanto, que hasta se convence al mencionar el nombre del profeta que él mismo creó.

Salustio me hizo ver que éramos como hormigas. Toda nuestra vida haciendo lo que nos dijeran sin preguntar. Resignados, sin muchas expectativas. Sirviendo a una reina perversa o a varias. Alimentándola sin recibir ninguna retribución. Por suerte, las cosas están por cambiar.

Salustio me lo dijo. No tiene sentido rendirse a un dios falso que promete lo imposible. Es mejor ser feliz en vida. Luchar por uno antes que por la comunidad. El cambio verdadero está en el individuo. Sólo así podremos aspirar a la divinidad verdadera. La que nos convierta en dioses al final de los tiempos. ¿O acaso ustedes se sentirían ofendidos porque una insignificante hormiga se detenga a descansar?

¡No! Nuestro Dios es venturoso. ¡Así que no les pido creer en él! ¡No basta! Los invito a que lo conozcamos para aspirar a su dicha, a que lo descubramos juntos. Los invito a reunirnos para resolver nuestros problemas en lugar de repetir palabras desgastadas. Los invito a que hagamos lo posible para hacer de este lugar y este sitio nuestro paraíso particular.

En nombre sea de Dios y de cada uno de nosotros.

La ovación inicia tímida. El padre Nicolás se siente exhausto. Nunca había acabado así tras un sermón. Alza la cara y los aplausos se multiplican. Se apresura para recorrer la sala y despedirse de cada uno de sus fieles. Las limosnas de esta tarde serán generosas.

… para volver

Carretera. Horas y horas en la carretera. Todas las carreteras son la misma cosa. Una serpentina inmensa desenrollada sobre el terreno. Algunas atraviesan montañas, otras van bordeando la costa, se hunden o penden sobre el vacío. Las hay atravesando glaciares, acompañando vías férreas o flotando sobre lagos. Apenas unos tablones, toneladas de concreto, tierra apisonada. Unas son más rectas, otras ofrecen la oportuna crueldad de sus curvas. Autopistas y brechas, en medio del bosque o de la nada, cansadas o aburridas. Todas son la misma cosa.

A Esteban le gusta pensar en la mano de algún dios levantando con dos dedos la punta de una carretera. Tirando con fuerza hasta desprenderla toda. Enrollarla entonces, como un rollo de papel de baño, para luego lanzarla de vuelta al mundo de forma tal que encuentre un nuevo acomodo.

Es un pensamiento recurrente. De los que se tienen cuando se maneja catorce, quince horas diarias sólo para encontrar el sueño en la parte trasera de la cabina. Una prisión dentro de otra. Móviles pero constantes. Los riñones aprenden a resistir la curvatura del asiento. A Esteban no le gusta manejar pero ha sido un buen trabajo. Mejor que estar en la mina. Desde que cruzó la frontera se dejó seducir por la majestuosidad de los tráilers. Incluso ahora sueña con comprar el suyo. Trabajarlo más y más hasta comprar otro. Se lo daría a alguien más, tal vez a Guido, cuando tenga los papeles en regla. Le gusta imaginarlo a su lado en la cabina, preguntando todo tipo de cosas.

Guido. Su Guido. En cuanto la idea de su hijo atraviesa sus pensamientos acelera a fondo. No va en el tráiler, por supuesto. Tampoco está del otro lado, con las autopistas inmensas, autos por doquier. Viene de regreso. Es un coche usado, barato, que no ha dado problemas en las últimas mil millas. De este lado no son millas, debe recordarlo. Cuando recibió la llamada de Guido estaba cerca de otra frontera, más al norte. Aprovechó una parada para digitar los números de su servicio de mensajes, a ver si había un nuevo trabajo. La voz del pequeño denotaba urgencia. Le marcó sólo para enterarse de la madre muerta. Prometió volver pronto, en cuando pudiera.

La suerte no estuvo de su lado. Los traslados fueron muchos, una carga que persiguió al barco que bordeaba los hielos. Luego se quedó varado en medio de una tormenta de nieve. Las carreteras fueron impracticables. Ni con cadenas se podía pasar. Cuando por fin pudo

tomar el volante, aún faltaba cruzar todo un país. Y ahí no se puede acelerar a fondo.

Ha pasado más de un mes desde la llamada. Intentó hablar de vuelta pero Guido no contestaba. De seguro se fue a vivir con algún vecino, Esteban atemperaba su ánimo. Un mes desde la llamada, casi dos años sin volver a casa. Todo es igual a como lo recuerda. El coche no da para más. Vibra toda la carrocería. La ventana abierta provoca bamboleos pero ni pensar en cerrarla con este calor. Nada grave. Él sabe manejar. Lo ha hecho muchas veces, millas y millas que ahora son kilómetros.

La noche llega y él persiste. Falta poco. Un centenar de kilómetros. Las luces funcionan bien y él sabe de memoria cada curva de esta carretera. Aquí aprendió a manejar. Le dieron un camión de la minera. De la capital a la mina, a El Goterón; a veces a La Noria. El sueldo era el mismo pero no había que estar bajo tierra. No le gustaba manejar pero aceptó. Por eso sabe que si hubiera luz vería a su derecha una loma desdibujada, más adelante varios cactus, órganos que les llaman. Después de la siguiente curva a la izquierda atropelló un coyote hace tiempo. Diez kilómetros más y una curva amplia. Después el pueblo. El coche no acelera. No se ve nada porque es tarde. Las luces de las casas deben estar apagadas. Desacelera un poco. La noche es oscura pero nota algo. El Goterón ha desaparecido. Pasan los diez kilómetros y no hay nada, no está la tienda ni el billar. Tampoco las dos calles que cruzan todo el pueblo. Mucho menos su casa, con Guido a la puerta, esperándolo. Sólo hay un declive, una rampa cuyas paredes se desmoronan. Los restos de una explosión.

Esteban baja del coche sin apagarlo. Por primera vez no ha llegado a su encomienda. Espera el amanecer para corroborar que el paisaje es otro. A la distancia unos camiones cobran vida pero están lejos, una enorme zanja se interpone. Antes de subir de nuevo al coche le reclama al dios que, con dos dedos, cambió el rumbo de la carretera.

Se sienta frente al volante pero no se mueve. No tiene idea de a dónde ir.

… para triunfar

¿Qué es peor: ser corrupto o puto, pobre o puto?

Duele. Al licenciado le duele el ano. Reclinado sobre la cama siente cómo se le desgarra. Arde. También asquea. Se tomó de golpe un cuarto de botella antes de acceder. Subieron los escalones. En la recámara se desabotonó la camisa. Perro Viejo lo detuvo.

—Sólo lo de abajo, ni que fuéramos a enamorarnos.

Duele pero da más asco, los dedos del hombre casi lo hicieron correr cuando le untaron el ano de saliva. Al menos no le gusta. Al menos. No se volverá puto aunque ya se prostituye. Qué sigue. Para no pensar en las embestidas imagina lo que hará con el dinero. Ignora cuánto es. Seguro le alcanza para pagar el departamento que le gustó a su novia. Aída. Piensa en Aída. Ella es la única que lo entiende. Si supiera lo que tiene ahora metido entre las nalgas.

Perro Viejo lo toma de la cadera para entrar más profundo. El licenciado no puede contener el grito. Siente la textura tibia de su propia sangre.

—Así que quintito, mi lic. Eso me gusta más —la voz entrecortada, aguda.

Perro Viejo cambia el ritmo. Las arremetidas son más frenéticas. Arde. Arde mucho. ¿Y si regresando le da la sorpresa a Aída? Podría pedirle matrimonio. De seguro ella se lo espera. Todas las viejas viven ilusionadas con eso. Mentirá sobre el dinero. Perro Viejo se convulsiona. Duele más. Mucho más. Al licenciado se le escapan varias lágrimas. Se muerde el dorso de la mano pero un dolor no apacigua al otro. Un largo gemido se acompaña de la reducción en la frecuencia. Perro Viejo ahora va lento pero entra más a fondo. El licenciado piensa en su propia mierda siendo empujada, en el cuerpo de Rebeca, en la sonrisa de su novia.

El alivio no es inmediato. Al contrario. El ano le sigue punzando, palpita. Queda remanente una sensación incómoda.

—Ya se acostumbrará, mi lic —Perro Viejo se toma el sexo con las dos manos y lo limpia con una servilleta.

Se suben los pantalones al mismo tiempo. El licenciado deja pasar la vergüenza.

—Ahora váyase. ¿O qué, quiere que lo invite a cenar?

Camina hacia la mochila que subió hace rato. Pesa tanto como sus ganas por contar el dinero.

—Deje ahí —Perro Viejo le apunta con una pistola—, ¿a poco se cree tan bueno? Me he cogido a otros mejores y pagado menos.

El licenciado entiende de golpe. El ano le palpita y la furia lo ciega. No sabe si es lo primero o lo segundo lo que provoca el forcejeo. La pistola está en sus manos. Le apunta al pecho. Sólo se le ocurre conducirlo hasta el baño, meterlo en la regadera. Así tendrá tiempo de huir antes de que Perro Viejo se levante.

—Como si tuvieras los huevos suficientes —se burla Perro Viejo.

Lo sorprende el eco de la detonación, la pistola alzándole los brazos, la imagen congelada, la mancha de sangre tiñendo la camisa. No hace otro disparo. Tampoco se acerca. Deja que la realidad se reconstruya caminando de espaldas. De un culatazo rompe la pantalla plana. Toma la maleta y huye sin prisa. Sabe que en ese lugar no habrá ningún testigo.

Se detiene en la oficina para respirar. Pasa al baño. Caga con mucho esfuerzo. Le duele demasiado pero aguanta. Se niega a ver el resultado en la taza. Para qué conservar una imagen de lo que más aborrece de sí mismo.

Un golpeteo en la puerta lo sobresalta. Su corazón sale de ritmo. El golpeteo se repite. Abre la puerta a un espectro que pregunta por Perro Viejo. Su cuerpo no hace sombra, su voz es demasiado amable. Le indica la ruta larga. No pregunta, no se extraña. Tan sólo quiere deshacerse de la muerte que va en pos de Perro Viejo, disfrazada de un hombre que le inspira mucho más miedo.

Sube al coche. El culo le molesta pero ya no duele. Arranca a toda velocidad, rechinando las llantas. En la carretera halla algo de sosiego. Por eso casi se sale del camino cuando se cruza con un convoy de vehículos. Nomás falta que lo descubran. Acelera a fondo. La vista perdida en el cono de luz que parte a la penumbra. Calcula que todo ese dinero le alcanzará para lo que sea. Ha decidido gastarlo con Aída. Ya no buscará a la mujer de sus sueños. Vaya que es afortunada.

… para convertirse

Abundio entra a la iglesia. Llega tarde; o temprano, según quiera vérsele. Con una mano conduce a Rebeca, su cuerpo enfundado en un vestido que acentúa sus curvas. En la otra, un maletín de buen tamaño. Está lleno de dinero. Varios fajos de billetes de alta denominación. Es la suma de todas las gratificaciones que se generaron durante el último año. Su sueldo es ridículo si se compara con lo que carga en la mano derecha, la sisa por la mudanza. Si lo trae consigo es porque es un hombre supersticioso. Desconfía del resguardo en casa, de la camioneta, del cuarto de hotel; el dinero debe estar cerca de sus dueños. Tampoco puede depositarlo en el banco, no habría forma de justificar el ingreso frente al fisco. Además, ha abandonado a su familia.

En cuanto entra al templo se arrepiente. No del peso del maletín. Carece de pruritos por el montón de dinero que le entregó Perro Viejo, tampoco por la parte que se guardó cada vez que lo enviaron a entregar dádivas al gobernador del estado. Mucho menos por la tajada que le birló a la minera. Nadie iba a echar en falta ese dinero pese a que podía pagar el sueldo anual de muchos de los empleados. Nadie salvo el padre Nicolás. Al menos es lo que Abundio cree. Por eso fue a llevarle algunos billetes hasta el Pueblo Nuevo.

No parece que el cura vaya a necesitarlos. El templo está a reventar. Unas cartulinas pintadas anuncian el motivo: están festejando a Salustio, su profeta.

Abundio duda, intentando dilucidar cómo es que ese indio terco terminó convertido en santo. Detiene el paso unos segundos, considerando salir de ahí. No lo consigue. Rebeca lo jala hasta encontrar un par de asientos en una de las filas más alejadas, a la derecha. Acomoda el maletín sobre sus piernas, la mano en el borde del vestido de la mujer. Percibe la calidez de sus muslos. Ella toma su mano, separándola del cuerpo. Lo mira con reproche: es un lugar sagrado.

Abundio hace un mohín de disgusto. Nicolás habla pero él no lo escucha. Pierde sus pensamientos en su idea de futuro. Cuando salgan de ahí viajarán al norte, a instalarse en una ciudad en forma. Ya estuvo bueno de puebluchos sin porvenir. Ha escuchado el rumor de que el nuevo pueblo será alcanzado por las excavaciones dentro de unos años. Habrá una nueva mudanza. Para entonces él estará lejos.

Durante el día atenderá un negocio próspero. Por las noches el cuerpo de Rebeca. Varias veces al año vacaciones en la playa. La imagina con un pequeño bikini. Un ramalazo de lujuria le saca una sonrisa. Y pensar que el licenciado no supo cumplirle a esta mujer. La ensoñación va ganando el lugar de sus pensamientos.

Sale de su pasmo en medio del silencio. Nicolás ya no está solo al frente de la congregación. Lo acompaña La Machacona. Abundio la recuerda de cuando la escuchó cantar en La Noria. Era una noche estival. Su voz tenía algo que se asentaba en las entrañas. No volvió a verla hasta que firmó las escrituras de su nueva casa. No puede recordar su nombre.

—Todos ustedes conocen a esta mujer —comienza Nicolás, dos centenares de ojos la observan, sigue pareciendo insignificante—. Es la misma que a muchos hizo estremecerse cuando cantaba. La conocían con un apelativo que se ha desdibujado. Dejó de cantar porque perdió la voz. La convencí de que lo intentara durante las fiestas de nuestro profeta. Si se iba a producir un milagro, sería por la gracia e intercesión de Salustio. No diré más —engola la voz—, dejo con ustedes a Catalina, a nuestra hermana Catalina.

Un murmullo recorre el templo. Abundio siente cómo se le pone chinita la piel, cómo Rebeca se entusiasma.

La música sale de las bocinas, un tanto distorsionada por los años. Luego llega la voz de La Machacona, grabada. Ella no abre la boca, espera. Deja que su pasado se encargue de crear un ambiente. Cuando acaba la primera pieza unos cuantos despistados aplauden. Catalina toma aire, decidida a sumar su canto al de antaño.

No lo consigue.

Basta la primera estrofa para darse cuenta de que no lo logrará. Un gañido desgarrado se suma a la voz potente. Un gañido que estorba, que impide escuchar la letra, que rompe con cualquier viso de armonía. Catalina sigue cantando. Ha cerrado los ojos. Se le nota el esfuerzo en la cara, en los hombros echados hacia atrás, en las venas de la frente.

Abundio se sorprende al descubrir el cuerpo de Rebeca temblando. Voltea para encontrar llanto en varias caras. De pronto, una voz se suma a la de Catalina. Luego otra, y otra, y otra más. La congregación entera canta a plena voz.

La canción se repite varias veces, sin pausa, convirtiendo las estrofas de desamor en un himno. Abundio mismo se ha sumado a la catarsis. El maletín en el suelo. Su propia voz ayudando a Catalina, a la hermana Catalina, a nuestra hermana Catalina, a conseguir el milagro de cantar de nuevo. Y lo consigue. Un centenar de voces son suficientes para hacer de su gañido melodía.

La música se detiene dejando un zumbido en las bocinas. Nicolás se

acerca para abrazar a la mujer. El llanto es el factor común en los presentes. El padre habla en medio de un limbo reverberante. Abundio alcanza el discurso tarde.

—… porque un milagro no es otra cosa sino la unión de las almas. ¡Alegrémonos! Vinimos con la intención de presenciar un milagro y nos vamos con la dicha y el gozo de haberlo producido. Ahora vayamos al festejo. Nos merecemos toda la felicidad que está por venir.

Tardan en salir del templo, arrobados como están. Un manto de credulidad los vuelve comunitarios. Afuera se instalan puestos de comida y juegos mecánicos. La feria necesaria para paliar la prodigiosa melancolía instalada en los ánimos.

Abundio deja a Rebeca ayudando en un puesto. Regresa al templo para encontrarse con Nicolás. Se le ve pletórico, abrazado a la cintura de Catalina. Abundio saca un fajo de billetes y lo guarda en su bolso. No le molesta la forma en la que el padre abraza a la mujer. Le extiende el maletín a Nicolás. Es el precio que paga por sumarse a la congregación.

… para mudar un pueblo

Se sabe que la ilusión dura lo que el polvo en asentarse. Los camiones llegaron y se fueron, dejando a centenares de personas en sus nuevas casas. No tiene caso mentir, muchos, la mayoría, quizá todos, sintieron el repentino pálpito de la emoción. Ellos, quienes nunca pensaron que saldrían de El Goterón, ahora llegaban al nuevo pueblo a instalar sus ánimos renovados.

Se sabe que las grietas del piso pronto se reprodujeron en las paredes. No es que las casas sean peores que los jacales pero éstos se fueron remozando a lo largo de las décadas. En las casas el deterioro va comiendo terreno a la novedad. Era sencillo ver las fallas, cada defecto es un recordatorio del engaño, de todo lo que dejaron atrás. Tal vez por eso comenzaron a llegar las voces.

Se sabe que los espectros abandonados en el pueblo viejo pronto encontraron la ruta para arribar a las nuevas casas. Hubo sorpresas, aullidos, la queja insistente ante la falta de acomodo. Además, las construcciones permitían los ecos. Pronto no cupieron tantos habitantes. Los fantasmas ya no tenían por qué resignarse al olvido: también merecían estar dentro de esas paredes, sin importar las grietas, los chiflones, cada gozne desvencijado.

Se sabe que cuando terminó la novedad los habitantes del Pueblo Nuevo lloraron en algún momento. Nunca pudieron ser como los de las fotografías, como la promesa incumplida por imposible.

Se sabe que comenzaron a salir de las casas. Sólo estaban ahí para dormir. El resto del día lo pasaban fuera. Hasta para cocinar se abrían las puertas, buscando escapar de los fantasmas, de la sombra, del polvo. Cuando llegó el hombre que los convenció de mudarse no les quedó más remedio que refugiarse en sus miedos. Por eso los hombres volvieron a la mina, con la esperanza de encontrar el túnel que les permitiera vivir bajo la tierra. Poco importaban ya los metales brillosos, las órdenes de los capataces.

Se sabe que la minera sufrió pérdidas inexplicables: los mineros trabajaban duro, ampliaron sus horarios por voluntad pero extraían menos cada jornada.

Se sabe que nadie estaba a gusto. Pero la resignación tarda en llegar menos que la costumbre. Dentro de poco, dentro de muy poco, las casas serán apenas cascarones, refugios contra la ventisca helada de la noche y los hombres, pobres, perderán sus ilusiones para volver a

excavar con una sola consigna: la de encontrar el valor bajo la tierra, sin importar el costo, el dolor instalado en la garganta, la respiración cortada de tajo al igual que los dedos bajo un nuevo derrumbe.

Se sabe que la ilusión termina antes que la esperanza. Por eso nadie se ha atrevido a nombrar al nuevo pueblo.

Se sabe.

… para el desahucio

El hombre viejo siente miedo. Tanto, que se le olvida el cansancio y el frío. Reacciona con lentitud y firmeza.

El vehículo no se detendrá. No los ha visto.

Se desprende del abrazo de Roni. Palpa su desconcierto y gasta lo que le queda de vida en empujarlo fuera del camino. Él espera el golpe seco que no llega. El vehículo apenas lo ha esquivado. De cualquier modo cae. Queda tendido a un lado de la carretera.

El muchacho idiota se precipita sobre él. Nunca habló más de una docena de palabras. Guturales, incompletas. Ahora las recita con la esperanza de que alguna opere el milagro de rescatar a su abuelo. Es inútil. Tal vez, en su fuero interno, el muchacho se lamente por no ser más listo. Repite, de nuevo, las palabras. El resultado es el mismo.

Un hombre viejo yace de cara a la noche.

Ya se ha resignado. No es una mala forma de morir, piensa, acompañado de quien más lo quiere. También es quien más lo necesita. El hombre viejo se quiebra. Llora sin altibajos, sólo lágrimas, copiosas. Toma la mano de Roni. Pone en ella el papel a sabiendas de que no podrá hallar a su madre pero ya sólo le queda esa esperanza.

Un hombre joven está sentado al borde del camino. Es idiota porque su madre tomó pastillas para adelgazar durante el embarazo. Es un niño en un cuerpo adulto que vela el cuerpo de su abuelo, el último de sus muertos.

… para rescatar a un hombre

Camila no aparta los ojos del GPS. No le importa la velocidad ni los tumbos, la carrera frenética en la que participan las tres camionetas, negras, blindadas, con los cristales oscurecidos. Tampoco tiene tiempo de desentrañar la oscuridad imperante, apenas rota por los faros de su convoy. Mientras la lucecita en la pantalla del GPS siga parpadeando tendrá esperanzas.

Por eso la sorprende el alba. Los primeros rayos de sol se cuelan por la ventana y le contagian algo de su calor. Levanta la vista de la pantalla apenas unos segundos. Los suficientes para descubrir una camioneta en sentido contrario. Blanca, de carga, zigzagueando en medio del camino. Pasa a su lado a gran velocidad. Falta poco, se dice, conforme la luz que la ubica en el mapa se acerca al punto luminoso de su destino.

No entiende cómo pudo enamorarse del hombre al cual busca. Tiene todo en contra: fue el esposo de su mejor amiga, es un asesino buscando venganza y acarrea un dolor que le impregna la piel aunque ella se la recorra con caricias. No entiende pero los sentimientos no buscan comprensión. Quizá todo empezó mucho antes de que él lo supiera, cuando Mónica le confesó su infidelidad. A veces el amor comienza de manera compasiva. No lo sabe de cierto pero terminó enamorada. Por eso sus sobresaltos. Por eso la taquicardia cuando ve el punto moverse, desplazarse apenas. Cien metros, doscientos y luego una inmovilidad instalada pese al titileo color rojo.

Debe llegar a tiempo. Rescatar a ese hombre de sus fantasmas.

El GPS indica que van llegando a El Goterón. Camila alterna su mirada entre la pantalla y el camino, ansiosa. Dirige el rumbo. Los dos puntos luminosos se superponen.

¿Cómo se convence a alguien de que el dolor máximo tiene cura? ¿Cómo conseguirá rescatar al hombre? Lo ha imaginado en decenas de escenarios, cada uno peor que el anterior. Por eso viene acompañada de media docena de guaruras. De los mejores.

Detienen las camionetas. Primero bajan ellos, aseguran el perímetro. Ella estira las ansias junto con las piernas. Hace un par de sentadillas. Gira los pies. ¿Y si no consiguió vengarse? Seis pares de lentes oscuros esperan indicaciones. Camila se frota las manos contra los pantalones. Ojalá fueran las manos del hombre. ¿Y si Perro Viejo lo hubiera matado? Ojalá no tuviera pantalones y todo se resolviera en una cama.

¿Y si los dos hubieran muerto? Ojalá pudiera restañar las heridas con sus labios. ¿Y si estuviera malherido? Ojalá ese amor destemplado encontrara su propio tiempo.

El frío se disipa. Camila da un nuevo vistazo a la pantalla, arroja el GPS al asiento. Sabe que está ahí, en esa casa desvencijada, en medio de un pueblo deshabitado, a la espera de un milagro. Por eso la pausa, para hacerse a la idea, para que el frenesí no le socave la fe. Serán dos los milagros entonces: encontrar al hombre, encontrarle, y convencerle de que vale la pena regresar a su lado.

Apenas gira un poco la cabeza. En una coreografía ridícula los hombres llegan a la puerta. No requieren forzarla, cede a la presión. Entran con precauciones. Uno, dos, tres de ellos. El cuarto entra al lado de ella. Camila percibe un aroma imposible. Comienza a murmurar una plegaria. Nunca había sido creyente pero es ahora cuando requiere el milagro. Un milagro que quizá la espere en lo alto de la escalera, desde donde uno de sus hombres la llama.

Camila siente las lágrimas sobre la piel mientras se pregunta de qué color son los milagros.

… para claudicar

Lloras.

Por la muerte de tu pequeña.

Repasas de nueva cuenta la lista que conservas en un papel doblado en cuatro. Decides ampliarla para que te abrume: su sonrisa cuando pasabas por ella a la escuela; lo que sentiste cuando un niño la mordió; el dibujo en el que aparecían juntos; el más espontáneo de sus abrazos; los besos pegajosos… de nueva cuenta su voz llamándote papá, cada vez más nítida, cada vez más cercana.

Agradecimientos

Estoy convencido de que en los procesos de escritura de una novela siempre interviene alguien aparte del autor. No sólo por lo relativo a ciertos lugares comunes. Es cierto: uno abreva de otras lecturas y de otras personas, pero eso también es parte de la vida. Y no quiero referirme al complejo sistema hermenéutico que inserta a los lectores en la parte creadora. Cuando digo que en la escritura de una novela intervienen varias personas me refiero al proceso y no sólo al entorno ni a su futuro como obra abierta. De ahí que, cada tanto, sienta una imperiosa necesidad por extender mi mano franca para saludar a quienes colaboraron conmigo en esa escritura.

José Antonio, mi hermano, es el primero. Sin él *Instrucciones para mudar un pueblo* nunca habría existido. Debido a su trabajo participó de manera activa en una mudanza parecida a la que narro. “Deberías escribir una novela”, me dijo. Y yo, hermano obediente, hice lo que pude.

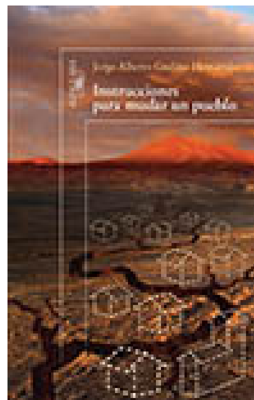
He notado que entre más escribo más inseguro me vuelvo. Por eso me hice de un ejército de lectores para las primeras versiones de este instructivo. Mi madre sigue siendo la primera y la más entusiasta. Ojalá todos me leyeran con sus ojos. Carlos González Muñiz refrendó su puesto de lector titular. Ya se ha vuelto costumbre discutir con manuscritos sobre la mesa y mucho café. A veces también con whisky. He llegado a creer que escribimos, en parte, para mantener esos diálogos.

En un gesto de abrumadora generosidad, David Toscana leyó en Varsovia una primera versión de mis *Instrucciones*. No sólo eso: tachó, subrayó, señaló e hizo comentarios muy valiosos. Si no hice caso de todos ellos fue por necio y testarudo. La lectura de Mayra sembró dudas, puso a prueba el entramado novelístico, me orilló a correcciones grandes y a reescrituras. Eso pasa cuando uno vive con sus críticos. Eliud Miranda fue el más ávido de los lectores. Más que corregir el texto, me compartió su experiencia de lectura y eso me permitió ver lo escrito desde una nueva perspectiva. Por último, Ramón Córdoba. Sigo sin saber si me lee como editor, colega, lector o amigo. Quizá sea de todas las formas. El caso es que llegar a sus ojos y a sus comentarios es sentir que se arriba a un sitio seguro.

Para todos, entonces, mi gratitud. Por su tiempo y sus lecturas pero, sobre todo, por contribuir a la existencia de este libro. Tocará a otros

continuar ese proceso en el que la lectura significa.

México, D.F., a 2 de octubre de 2013

**Bajo las casas habitadas del pequeño pueblo Goterón se encuentra un metal brillante. Para apoderarse de los terrenos, los dueños de una minera compran abogados, autoridades y hasta al cura del lugar.**

Por Jorge Alberto Gudiño ganador del Premio Literario Lipp la Brasserie de Novela 2011.

La vileza y la miseria no necesitan cambiar de hogar.

El Goterón es un pequeño poblado de poco más de trescientas casas habitadas por mineros que apenas cuentan con lo indispensable para vivir. Los dueños de la minera han corroborado lo que desde tiempos de la Colonia ya se sabía: bajo esas casuchas plantadas en tierras agrietadas se encuentran vetas de un metal brillante, por lo que es indispensable apoderarse de los terrenos y erigirse como sus auténticos dueños; para ello han comprado la conciencia de abogados ambiciosos, autoridades corruptas y del cura de la localidad, Nicolás, quien nunca queda satisfecho con los pagos que el abogado le entrega para que convenza a los mineros de entregar sus casas vetustas a cambio de otras nuevas y más amplias en el nuevo pueblo que generosamente se ha creado para que puedan vivir mejor.

Instrucciones para mudar un pueblo es la más reciente novela del polémico escritor Jorge Alberto Gudiño, y es también la continuidad de la tradición rulfiana en México al presentar la interacción de personajes tan disímbolos como lo son una cantante a la espera del regreso milagroso de su voz ahora que está en puerta el nuevo pueblo, un asesino que desea vengar la muerte de su hija, un viejo senil a cargo de su nieto idiota y un cura que decide formar una nueva religión. La ignorancia, el miedo y el desamparo se unen a la codicia y la crueldad en estas historias marcadas por la desesperanza, el dolor y el amor al dinero.

Jorge Alberto Gudiño Hernández es escritor. En 2010 publicó *Los trenes nunca van hacia el este*, su primera novela. En 2011, con su novela *Con amor*, tu hija obtuvo el Premio Lipp de Novela, entregado por primera vez en México y de gran tradición en Francia. En 2014 publicó *Instrucciones para mudar un pueblo*; en 2015, *Justo después del miedo* y en 2016, *Tus dos muertos*, primera entrega de la serie policiaca del comandante Zuzunaga. Desde 2004 conduce *La Tertulia*, en Radio Red, una revista radiofónica dedicada a la literatura. También es colaborador de diversos medios impresos y digitales. Dedica buena parte de su tiempo a la docencia universitaria. Se le puede leer todos los sábados en *SinEmbargo.mx*



INSTRUCCIONES PARA MUDAR UN PUEBLO

De esta edición: Penguin Random House Grupo Editorial, S.A. de C.V.
Blvd. Miguel de Cervantes Saavedra núm. 301, 1er piso,
colonia Granada, delegación Miguel Hidalgo, C.P. 11520,
Ciudad de México

ISBN: 978-607-11-3050-1
Conversión libro electrónico: Kiwitech